

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

**Muerte, tratamientos *post mortum* y rituales
mortuorios en el Uruguay**

Claudia Lorena Ardito Pereyra

Tutora: Susana Mallo

Revisión técnica: Angélica Sangronis

2016

Resumen

En todas las sociedades existen prácticas *post mortum* regidas por criterios prácticos pero también por representaciones simbólicas, religiosas, sociales, económicas, mercantiles y políticas.

El enfoque de este estudio queda demarcado por la muerte en instituciones hospitalarias en el Uruguay actual. En tal sentido se atienden tres instancias de prácticas *post mortum*: hospital y morgue, sala velatoria y cementerio.

El primer tratamiento consiste en la certificación médica de defunción y la preparación del cuerpo para depositarlo en la morgue del hospital. En el segundo interviene una empresa funeraria con múltiples servicios de acuerdo a decisiones familiares y estatales. El último es la sepultura de las exequias. En nuestro país las formas del sepulcro son dos: la inhumación en tierra, nicho o tubular y la cremación.

Desde un enfoque micro sociológico, el estudio confirma cuatro hipótesis aplicadas a las tres instancias: comercial, religiosa, negadora, socio-comunicacional.

Palabras clave: *cuerpo muerto - mercantilización de la muerte - rituales simbología y religion - tabúes y negación - espacios de socialización.*

Tabla de contenidos

Resumen.....	2
Introducción.....	5
Preguntas de investigación	7
Hipótesis.....	8
Justificación teórica y empírica.....	9
Objetivos.....	11
Estado del Arte.....	12
Primer tratamiento <i>post mortum</i> , la morgue.....	14
Segundo tratamiento <i>post mortum</i> , el velatorio.....	15
Tercer tratamiento <i>post mortum</i> , el cementerio.....	17
Tratamiento mercantil de la muerte.....	19
Tratamiento administrativo y legal en Uruguay.....	20
Rituales mortuorios: enfoque micro sociológico y teoría de las interacciones.....	21
Evolución de los ritos mortuorios.....	24
Cambio de lugares, disimulación y reducción.....	25
Metodología.....	26
Análisis.....	31
Acciones que se vinculan a la manipulación del cadáver: el cuerpo en la morgue, sanatorio u hospital.....	31
El cuerpo en la casa velatoria.....	33
El cuerpo en el cementerio.....	40
Los costos de morir.....	44
La mercantilización de la muerte.....	46

Cementerios: Panteones privados en espacios públicos.....	48
Conclusiones.....	50
Percepción y sentidos que se atribuyen a la muerte.....	53
Proyección reflexiva.....	54
Referencias bibliográficas.....	55
Bibliografía consultada.....	57
Anexos.....	58

Introducción

La propuesta de esta investigación tuvo por objeto ahondar en un fenómeno humano, familiar y problemático, sea de manera personal, cercana o lejana: *la muerte*. Todo ser vivo es un ser para la muerte, la vida indefectiblemente es la muerte en potencia, como dice el sociólogo y etnólogo francés Luis-Vincent Thomas, “la muerte es más radical que la vida”. (1983, p. 8)

En cualquier comunidad la muerte humana produce sentidos y significados fundamentales y diversos que generan conductas y ritos, lugares, momentos y prácticas, principios y valores que guían a las personas según organizaciones culturales y franjas sociales.

La forma de enfrentar el fenómeno de la muerte y de asumirla cambia también a lo largo de la historia, y con ello las actitudes frente al cuerpo sin vida. En la modernidad capitalista la muerte forma parte de los procesos de mercantilización en que los rituales y las ceremonias se transformaron y se sumaron al conjunto ya existente de las mercancías. La mortalidad era un fenómeno estadísticamente más frecuente que hoy, la esperanza de vida era corta, por lo que los familiares estaban acostumbrados a vivirla en la propia casa, encargándose de los arreglos velatorios, de vestir al muerto, dirigir los rezos, ofrecer algo para comer y beber durante la ceremonia de despedida.

Hoy, por lo contrario, la organización de un velatorio está a cargo de casas funerarias y de profesionales del asunto. Existen en la actualidad “paquetes” para los distintos bolsillos que buscan preservar en el más allá al ser querido que ha muerto: ataúd, embalsamamiento, traslados, capillas de velación, avisos en la prensa local, y una gama de servicios para los visitantes (café, refrescos, mobiliario cómodo, salas climatizadas, etc.). Los cementerios privados, también han ganado terreno en este aspecto, realizan contratos para el eterno reposo que incluyen formalidades con plazos prefijados (a veinte años, por ejemplo), y emplean nombres que evocan la tranquilidad, el descanso, el reposo y la eterna paz de los muertos como estrategia de marketing: Recinto de Paz, Jardín del Recuerdo, Valle de Paz.

Entendiendo el hecho de que el individuo se enfrenta a la pérdida de un ser querido a través de diversas formas de despedida y separación, la muerte no es una circunstancia individual, sino un proceso social y colectivo. Sabiendo que el hombre es el único animal que entierra a sus muertos, es mi interés identificar y conocer las prácticas funerarias actuales en nuestro país con la finalidad de comprender los sentidos simbólicos y materiales que subyacen a dichas prácticas. Pude acceder al conocimiento de la temática por medio de recorridos, observaciones en empresas fúnebres, cementerios y largas charlas con funcionarios de cada lugar. Realicé entrevistas a funcionarios de las compañías mortuorias y de los cementerios a efectos de conocer el proceso del tratamiento que dan al cuerpo muerto. Realicé también entrevistas a deudos que tuvieron pérdidas de seres queridos, a efectos de conocer las representaciones que subyacen en los rituales y tabúes para con sus muertos.

Demarco mi mirada en los muertos hospitalizados. Descarto los hechos de muerte en domicilio, en la calle, o en cualquier otro lugar que no sea una institución hospitalaria. Los descarto en esta ocasión, pero a la par abro camino a subsiguientes inquietudes que extiendan la mira hacia el conocimiento y el entendimiento del sentido y el significado del tratamiento de cadáveres en otras situaciones y lugares.

Preguntas de la investigación

Siete preguntas surgieron en la planificación de esta investigación:

- 1) ¿Cómo se procede ante un cuerpo que ha muerto hospitalizado en Uruguay?
- 2) ¿Por qué lugares transita un cuerpo muerto, quiénes se encargan de él, y qué prácticas acontecen en dichos lugares?
- 3) ¿Qué sentidos y significados otorgan los actores en las diversas escenas por las que transitan los cuerpos muertos?
- 4) ¿Qué creencias, representaciones, rituales y tabúes subyacen en las prácticas mortuorias?
- 5) ¿Dónde y en qué radican las diferentes maneras de tratar los cuerpos muertos de acuerdo a las distintas esferas sociales y las distintas costumbres religiosas?
- 6) El mercado juega su papel en los procesos de la muerte, ¿de qué modo las prácticas mercantiles atraviesan el proceso de muerte?
- 7) ¿Qué escenarios sociales se generan a partir de un fallecido al que se le guarda afecto y respeto?

Hipótesis

- 1) *Comercial.* Las prácticas mercantiles transversalizan todo el proceso de muerte, desde las prácticas llevadas a cabo en las empresas funerarias, hasta las prácticas realizadas en los cementerios y en las decisiones de los deudos frente a cómo proceder con los restos de los seres queridos.

- 2) *Religiosa.* La religión atraviesa todo el proceso de las prácticas mortuorias, ya que de ello depende el tratamiento y el ritual que el cuerpo muerto recibe. En los rituales mortuorios existen de manera implícita elementos religiosos como parte no cuestionada del ceremonial (excepto cuando se han hecho a priori peticiones especiales por parte del difunto).

- 3) *Negadora.* Los procesos de la modernidad han construido mecanismos de simplificación y negación del enfrentamiento con el cuerpo muerto. Dichos mecanismos se hacen visibles en nuevas modalidades de las ceremonias mortuorias.

- 4) *Sociológico-comunicacional.* La noticia del fallecimiento de una persona genera lugares de encuentros y redes de comunicación entre trabajadores de la muerte, deudos, conocidos de todos los tiempos y generaciones.

Justificación empírico-teórica

La muerte, tanto la propia como la de los otros, es un acontecimiento muy fuerte y supone tabúes considerables en nuestra sociedad actual, al igual que en cualquier otra. Por poner un ejemplo: la muerte, algo tan natural, generalmente no es un tema de conversación. La gestión del proceso de muerte, hoy institucionalizada, presenta vacíos sociológicos en el sentido en que sobre la muerte poco se investiga y se publica en Uruguay. Sin embargo las relaciones de los individuos con la muerte ponen de manifiesto aspectos básicos y esenciales de los procesos en la vida social y, a su vez, las relaciones sociales de los individuos están condicionadas por su relación con la muerte.

La Sociología cumple la función de dedicarse a la vida social: estudiarla, que crezca y progrese civilizadamente. No obstante, poco se ha dedicado a estudiar la muerte de la población humana, pese a que ha logrado establecer mecanismos de control para diseñar “buenas muertes” o “muertes ideales”: cuándo morir (eutanasia, suicidio), dónde morir (en casa, en un asilo, en un hospital). La Sociología de la Medicina, por ejemplo, ha realizado considerables aportes a la salud y la higiene, pero muy pocos sobre el tratamiento del proceso de morir, y menos todavía sobre la gestión y el tratamiento de los cadáveres, “es como si la Sociología participase en una conspiración del silencio contra la muerte”, como dice Tony Walter en un artículo de 1993 cuyo título en castellano, y de traducción propia, es “Los sociólogos nunca mueren” (p. 266). En Uruguay lo mismo, hay escasa producción de conocimientos (académicos y de opinión común) sobre las prácticas mortuorias.

El acto de morir es una realidad sociocultural en tanto despliega en el plano de la conciencia individual y colectiva conjuntos complejos de representaciones simbólicas. El cuerpo muerto siempre llevó a diversos modos de tratamientos con expresiones simbólicas en prácticas que tienen sentido según cada trayectoria socio-histórica. La significación que tiene la muerte

para la conciencia social constituye un objeto de representación colectiva y, en cuanto a los deudos, su acercamiento particular es relativo al tipo de muerte y de muertos: muertos a manos del Estado, por accidentes de tránsito, laborales, domésticos, por autoeliminación, por la fatalidad de una enfermedad, por guerras de liberación, por genocidio o masacre, por la policía, por vendettas de la mafia, por catástrofes, niños, jóvenes, ancianos, pobres, delincuentes, vagabundos, etc.

El momento de la muerte acontece inevitablemente, sin embargo es complejo indagar en los procesos hacia la exhumación del cuerpo humano, pero el análisis de las relaciones individuo-sociedad-muerte merece la mirada de los Estudios Sociales. Se torna válido, entonces, pensar que en los tratamientos sociales propiciados a los cuerpos que acaban de morir la Sociología puede encontrar encerrados muchos secretos de la vida social.

Mi punto de vista micro sociológico aspira a explorar y contribuir con interpretaciones en torno a las formas en que los individuos, las empresas, el Estado y las organizaciones del Uruguay tratan la muerte, los muertos y las instancias *post mortum*. Por medio de conocer prácticas, rituales y tabúes de trabajadores, funcionarios y deudos pretendo verificar cuatro hipótesis relacionadas a los procesos funerarios, las cuales denomino *comercial, religiosa, negadora y socio-económica*.

Objetivos

Objetivos generales

- 1) Explorar los sistemas de valores, las ideas y creencias, las representaciones, los rituales y tabúes individuales y colectivos de las prácticas funerarias que llevan adelante los sujetos que tratan de modo directo con los restos fúnebres en Uruguay.
- 2) Identificar y ordenar los resultados hallados para conocer cómo se produce el tratamiento de los cuerpos muertos y comprender los rituales mortuorios que se ponen en juego en el medio local.

Objetivos específicos

- 1) Enumerar prácticas concernientes al tratamiento de las exequias desde el momento *post mortum* en que son institucionalizadas (en alguna compañía funeraria) hasta el momento en que se produce la inhumación en algún cementerio.
- 2) Describir las gestiones llevadas a cabo en las prácticas mencionadas anteriormente.
- 3) Comprender y dar significado a ritos, códigos, simbologías, tradiciones, creencias, tabúes y valores que subyacen a las prácticas mortuorias.
- 4) Ordenar y clasificar los distintos servicios de acuerdo a los costos, los convenios y las posibilidades económicas de los familiares.
- 5) Conocer la distribución y el ordenamiento territorial en los cementerios en función de pedidos y deseos de los deudos, como también los convenios previsionales.

Estado del arte

La muerte constituye un destino que no se puede evitar y lo que simboliza y representa es según la comunidad cultural de que se trate. Para las sociedades orientales supone una regeneración de la vida, un paso definitivo hacia otra forma de ser y vivir que da lugar a celebraciones. No es así en la civilización occidental donde vida y muerte representan estados que se niegan el uno al otro y en que la muerte vulnera a los individuos con sentimientos de dolor, tristeza, impotencia y negación.

Otorgar al cuerpo muerto tratamientos específicos y oficiar rituales funerarios en honor del que muere es cosa tan antigua como la propia aparición del hombre sobre la tierra. En el año 2000, Marco Antonio Gómez y José Arturo Delgado publican en México *Ritos y Mitos de la Muerte en México y otras culturas*, donde muestran que el culto a la muerte se da a modo de representación colectiva, entendida “como una elaboración simbólica ligada a la religión, a la concepción del mundo y a su dinámica.” (p.17). En los cultos a la muerte los autores encuentran ambientes socializantes en el sentido en que se produce la cohesión familiar, grupal, tribal o étnica. También señalan que en México los rituales mortuorios concilian creencias cosmogónicas de los pueblos originarios con creencias del catolicismo español, sincretismo que otorga la esperanza de prolongar la existencia en la llamada ‘otra vida’ o ‘vida eterna’.

En *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay* José Pedro Barrán diferencia dos épocas: el Uruguay bárbaro (de 1800 a 1860) y el Uruguay civilizado o disciplinado (de 1860 a 1920). El historiador recorre las maneras de sentir en el Uruguay a partir tres ejes: la violencia, la sexualidad y la muerte. En la “sensibilidad bárbara”, la muerte llevaba a un momento compartido entre la familia, los vecinos y los amigos, incluso participaban los niños en calidad de ‘angelitos del cielo’. La muerte era “anunciada con bombos y platillos escandalosamente a toda la comunidad”, dice Barrán, reafirmando el rasgo socializante de los funerales (2004, p. 196). No faltaba en aquella época la incidencia religiosa y jurídica en la

muerte, pero además no faltaban elementos lúdicos y las formas festivas de la comunidad (abundante comida y bebida, exhibición, baile y alegría). La sensibilidad bárbara convivía familiar y amistosamente con la muerte de los seres humanos, además el muerto y las manifestaciones de despedida, incluso de dolor, se exhibían en vez de ocultarlas. La ceremonia fúnebre se realizaba en la iglesia con misa a cuerpo presente, el traslado del ataúd era a cajón abierto y el entierro era en un nicho con una placa de identificación de nombre, fecha de nacimiento y defunción.

Hacia fines del siglo XIX una nueva sensibilidad disciplinaba las prácticas de la muerte embelleciéndola sí, pero ocultándola, reprimiendo el disfrute y llevándola a la vida privada de una empresa dedicada a servicios fúnebres. En el capítulo “La muerte temida y ocultada” Barrán señala la hegemonía del intelecto por sobre los sentimientos y el miedo en esta época que “repugnó la asociación muerte-juego y sólo permitió vincular a la muerte con la pompa, la seriedad de la vida y el temor.” (2004, p. 265) En efecto, la sensibilidad civilizada huye de la muerte y niega su presencia con el ocultamiento del muerto, como añade Barrán en la misma obra, huye de “la realidad de la podredumbre del cuerpo.” (p. 268).

En 1861 el gobierno prohibía las misas de cuerpo presente y el lugar para velar iba dejando de ser la iglesia. Comenzaba la época en que los funerales costaban dinero, y así la Iglesia Católica iba perdiendo el control sobre la muerte, la cual pasaba al servicio de empresas de pompas fúnebres que ofrecían todo tipo de artículos funerarios para presentar al muerto.

Barrán caracteriza los rituales mortuorios en la historia uruguaya, primero como atravesados por sentimientos de celebración, lazos de solidaridad, un fuerte aspecto religioso, el juego, la fiesta y la risa, y luego por el miedo, la vergüenza y la insensibilidad promovidos por el poder de las clases burguesas y las medidas gubernamentales.

Así, las exequias atraviesan tres instancias principales, cada una de las cuales cuenta con sus propias prácticas, algunas de ellas ritualizadas: el tratamiento que afronta imperativos de higiene, conservación e imagen, las prácticas velatorias y las prácticas de sepultura en cementerios. La Grecia Clásica, según Eulalio Ferrer, creó la mayoría de los rituales funerarios practicados por los occidentales: velar al muerto, escoltarlo con coronas de flores y enterrarlo en un cementerio. (2003, p. 39)

El *Diccionario Etimológico* indica que la palabra *exequias*, siempre se utiliza en plural, y proviene del latín *exsequiae* (cortejo fúnebre, funeral, honras fúnebres). “El vocablo se

compone del prefijo *ex* (de, desde, fuera de) y el verbo *sequí* (seguir). En efecto, entre los romanos una parte importantísima del funeral de una persona era el cortejo fúnebre. Al cadáver se lo velaba amortajado, luego se lo trasladaba al lugar (siempre fuera del recinto urbano) donde se realizaba la incineración, después venía la recogida de los huesos en una urna, y por último, el enterramiento (en épocas más tardías, directamente su inhumación). Era habitual pronunciar un discurso fúnebre en alabanza del muerto, y si se trataba de un personaje público, el cortejo paraba en el foro, donde se realizaba un discurso público. Pero la parte más notoria del cortejo era que familiares y amigos seguían al cadáver para sacarlo fuera del recinto urbano, y en esa procesión de seguimiento llevaban las mascarillas de los antepasados muertos, incluso contrataban plañideras (lloronas). De ahí que este seguimiento diera nombre a las exequias en su conjunto”. (*Corominas*, 287)

Diversos rituales atraviesan las tres instancias *post mortum*. En las prácticas ritualizadas se ponen en juego la emocionalidad y las creencias de los sobrevivientes. Los primitivos creían que un error en los funerales acarrearía una descomposición errada y una mala integración a los ancestros, de allí los clásicos retornos de fantasmas y vampiros. Nada ha cambiado –dice Thomas–, pues “no rendirle al muerto los homenajes nos expone a verlo volver con fuerza en nuestra imaginación, bajo la forma de una culpabilidad obsesiva.” (1989, p. 195)

Son ritos todas las conductas corporales más o menos estereotipadas, a veces codificadas e institucionalizadas que se basan necesariamente en un conjunto complejo de símbolos y creencias. Los ritos funerarios se hallan presentes en las tres instancias, pero básicamente constituyen comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos, y supuestamente guían al difunto en su destino *post mortem*, y tienen como objeto fundamental superar la angustia de muerte de los que sobreviven.

Primer tratamiento *post mortum* (El cuerpo en la morgue)

El tratamiento de los cuerpos muertos se remonta a la historia y a la prehistoria, así lo demuestran diversos descubrimientos arqueológicos. La putrefacción, la suciedad, los malos olores, las exudaciones, la conservación, etc., exigen inevitablemente distintas prácticas y distintos ritos con el propósito de fijar el porvenir de las exequias apartado del mundo de los vivos (momificación, inhumación, entierro, cremación, etc.).

Si bien el cadáver es aquello que rápidamente se descompone y las preocupaciones que se suscitan son meramente de orden operativo, existen prácticas comprendidas en contextos simbólicos que con frecuencia obedecen a rituales religiosos. Lavar el cadáver, por ejemplo, no satisface únicamente exigencias de higiene y decoro, para la imaginación y la fantasía también significa eliminar la suciedad de la muerte. Muchos rituales religiosos han tomado en cuenta este simbolismo como una purificación y otorgan al aseo funerario un alcance sagrado, pues influye en el destino del alma del difunto, tal es el caso de las prácticas de los difuntos judíos.

La *tanotapraxia* es un tratamiento que forma parte de los nuevos rituales modernos para con el cadáver, y se realiza en los tanatorios de algunas funerarias. La *tanotapraxia* tiene una parte técnica a efectos de impedir la pronta putrefacción de los órganos, pero además de su función estrictamente técnica su misión es más amplia, es estética, pues sirve para mantener en el cadáver la apariencia de vida, por lo cual constituye una técnica vinculada al arte:

Los rasgos se remodelan para dar una expresión apacible, las mejillas hundidas se dilatan con tapones de algodón, la boca se mantiene cerrada con un hilo hábilmente disimulado, los ojos se lavan y se mantienen cerrados y convexos con unas conchillas que se introducen bajo los párpados. Un maquillaje discreto, a base de tinturas y pelvis oculta al final de las operaciones el oscurecimiento que produce el formol. Cuidar la última imagen que el muerto nos ofrece, y que ya no depende de él, es rendirle homenaje para que pueda continuar existiendo un poco más en la mirada del otro. (Thomas, 1989, 215)

Los especialistas y técnicos que trabajan con los cuerpos muertos en un tanatorio se inmunizan contra el horror y la compasión, pues toman distancia y ven el cadáver como una cosa, aplicando técnicas muy precisas para transformar algo muerto en algo con aspecto vital. La misión de un funcionario forense, por ejemplo, es estrictamente científica: observa los signos físicos de los restos del difunto para determinar las causas de muerte. A dicha especialidad se la denomina Tanatología (el estudio de la muerte y la etiología médico legal de la misma).

Barrán cuenta que en 1883 el cadáver del abogado y pensador uruguayo Prudencio Vázquez y Vega, previo a ser cerrado herméticamente en el féretro, “fue inyectado con preparaciones antisépticas” (2004, p. 269). Se instalaba en Uruguay la época disciplinada, cuando ya el lavado de los cuerpos y el primer tratamiento *post mortum* no era llevado a cabo por los familiares, sino por especialistas pagos.

Segundo tratamiento *post mortum* (El cuerpo en las casas velatorias)

El origen de las costumbres velatorias proviene de la Edad Media debido a la precaución por la catalepsia, pues era común el envenenamiento por el consumo de algunos alimentos al contacto con vajilla de estaño. Ante el riesgo de que la persona no estuviera muerta, se colocaba el cuerpo sobre una mesa esperando la confirmación de si se trataba de la suspensión de la vida o si se trataba de la llegada de la muerte.

Las conductas velatorias obedecen a constantes universales más allá del tiempo y el espacio. Los funerales son ante todo un ritual de despedida altamente simbólico. A juicio de Thomas, los actos velatorios tienen una doble finalidad:

En el plano del discurso manifiesto son motivados por acciones más o menos dramáticas, pero en el discurso latente del individuo o la comunidad su función fundamental es la de curar y prevenir, aliviar el sentimiento (tranquilizar, consolar, revitalizar) (1991, p. 152).

La ceremonia del velatorio siempre proporciona desahogo a aquellos que han atendido a un ser querido luego de una enfermedad, o a aquellos a quienes la muerte les ha arrebatado la vida por un infortunio sin tener la posibilidad de la despedida. Constituye una oportunidad para acompañar la partida del difunto y, en general, en Occidente, conforma un escenario de tristeza debido al término de esa vida y a su recuerdo y aprecio.

El tiempo del velatorio gira en torno a las 24 horas. Hasta hace aproximadamente un siglo se realizaba en el domicilio del fallecido (como se relató renglones más arriba), sin embargo en el correr del siglo XX el lugar para velar es en las empresas funerarias.

Tradicionalmente los miembros de la familia se ubican junto al ataúd, los visitantes se van acercando para estrechar la mano y dar sus condolencias (el pésame), la familia recibe y agradece a la concurrencia, quien comúnmente se toma unos instantes para mirar al difunto, incluso tocarlo y dedicarle algunas palabras. Si la parte superior del cuerpo ha sido desfigurada por la muerte, el féretro estará cerrado.

Delci Torres, en “Los rituales funerarios como estrategia simbólica que regulan las relaciones entre las personas y las culturas Sapiens”, publicado en la *Revista Universitaria de Investigación* (2006, pp. 107-118), señala que los diversos rituales velatorios son parte de la idiosincrasia de cada civilización. La autora enuncia que los ritos velatorios,

Son estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y sus culturas al promover la cohesión grupal requerida para solucionar el problema planteado por la vida terrena del ser humano y la angustia que en él genera su destino después de la muerte. (P. 110)

La conclusión derivada de Torres afirma que la ritualización hace más comprensible la muerte y regula las relaciones de los grupos intervinientes, “consagrándolos como seres socio-culturalmente simbólicos que se mueven en dos universos distintos: lo profano (la tierra) y lo sagrado (el cielo). (P. 118)

Cabe remarcar del estudio de Torres el aspecto “comprensible” y “socializante” que guardan las prácticas velatorias, vale decir el valor de entender y racionalizar en grupo, de transformar en materia pensante el hecho de la partida del ser querido.

Los griegos idearon las coronas frescas para atraer el espíritu del difunto hasta ser sepultado. Entre las emociones y las creencias de los deudos se ponen en juego conductas y códigos instituidos estereotipados fundados en viejas tradiciones muchas veces religiosas: llantos, flores, la imagen de Cristo, el signo de la cruz, etc. El gesto del signo de la cruz, de tradición cristiana, equivale a decir que aunque Jesús murió crucificado, triunfó sobre la muerte y así se convirtió en el signo más alto de redención. Ferrer, por su parte, indica que, en el marco del cristianismo, la cruz sobre el féretro tiene el sentido de alejar los peligros demoníacos. El laurel, elemento entre las flores, que en la simbología pagana representó la gloria y la fama, sufrió en el cristianismo una transformación: el triunfo final de Cristo.

En las primeras décadas del siglo XX en Uruguay, según Barrán, los velatorios pertenecían a la esfera de lo familiar e íntimo, ya no eran una práctica barrial. El ocultamiento del cadáver en las primeras casas funerarias instaladas en el país empezaba a marcar signos de negación y relego de la muerte.

La muerte debía ser respetable y digna –comenta el historiador de la sensibilidad uruguaya–, majestuosa y bella, todo con tal de negar o encubrir la realidad de la podredumbre del cuerpo.” (2004, p. 268)

Y concluye, en la misma página de su obra, que se produjo en aquella época un pasaje: “De la muerte exhibida y cercana, despojada de su majestuosidad y poder, a la muerte alejada, negada y terrible.”

Tercer tratamiento *post mortum* (El cuerpo en el cementerio)

El cementerio es el lugar destinado por una comunidad para dar sepultura a sus cadáveres. Se integra por las sepulturas propiamente dichas y por los servicios de caminería, oficinas, capillas, crematorios, depósitos, morgue, etc. Las tareas específicas son: inhumación, cremación, exhumación y reducción.

La *sepultura* es el lugar físico destinado a una o varias inhumaciones. Existen sepulturas en tierra, en nichos, en panteones, en mausoleos, en fosas, etc.

La *inhumación* consiste en la acción de enterrar un cadáver. En latín, *in humus* significa en tierra. Por supuesto, el tipo de inhumación depende de las creencias religiosas del fallecido y sus deudos. Por ejemplo, la Iglesia Católica acepta la incineración, pero prefiere la inhumación. Desde 1963 la Iglesia autoriza la incineración, aunque exige que las cenizas permanezcan en un urnario para siempre (descarta la esparsión). El Islam, por su parte, procede a enterrar el cuerpo sin féretro para que sea absorbido por la misma tierra.

La *cremación* consiste en la incineración del cuerpo en un horno a aproximadamente 1.000°C. El crematorio puede formar parte de una capilla, de una agencia funeraria o de un cementerio. En Montevideo los hornos son propiedad de la Intendencia y de ella depende su conservación y mantenimiento. Concluida la incineración del cadáver, los fragmentos de huesos son retirados de la bóveda y el funcionario utiliza un pulverizador llamado cremulador para procesar esos restos hasta que adquieren la consistencia de granos de arena. Allí son colocados en una urna para ser entregados a los familiares.

La *exhumación* consiste en excavar un cuerpo que se halla enterrado. En casi toda cultura se considera un sacrilegio, sin embargo hay circunstancias en que se acepta (por orden judicial, por repatriación, por reducción).

La *reducción* es una práctica de exhumación a propósito de recolectar los restos óseos, los cuales pueden tener dos destinos: el osario general del cementerio o la cremación (en cuyo caso los familiares pueden optar por retirar las cenizas o bien dejarlas en el osario general del cementerio).

En Uruguay la organización de los cementerios está a cargo de cada Intendencia y de ellas depende la variedad de tratamientos sepulcrales. Por ejemplo, en Salto se entierran los

cadáveres envueltos en cal a efectos de que se acelere el proceso físico-químico de desintegración de la carne, práctica que no se lleva a cabo en los cementerios de Montevideo.

El Cementerio Central de Montevideo fue el primero en Uruguay, ubicado en el Barrio Palermo y fundado en 1835. Originalmente se hallaba en la periferia de Montevideo para evitar riesgos de contagios epidémicos, luego, con el crecimiento de la ciudad, quedó incorporado a la urbe. En él se hallan importantes esculturas que homenajean personalidades ilustres como Batlle y Ordóñez, Liber Seregni y Eduardo Acevedo.

Hoy en la Capital uruguaya existen cinco cementerios estatales entre los cuales el Cementerio del Norte, fundado en 1929, es el más grande. Es el más importante en el sentido en que cumple con toda la variedad de tratamientos sepulcrales que pueden realizarse a las exequias en nuestro país (inhumación, cremación, exhumación y reducción). (Ver Anexo II “Digesto departamental”, Montevideo)

Tratamiento mercantil de la muerte y status social

Detrás de la forma en cómo se concibe la muerte en el Occidente moderno, existen las clases sociales. Karl Marx dijo que la historia es la historia de la lucha de clases, y concebía las clases como categoría de los vivos, sin embargo se puede afirmar que la distinción de clases se halla también entre los muertos. No es lo mismo tener recursos económicos y morir dignamente, que ser un desposeído y terminar en una fosa común. En las diferentes épocas históricas se moría como se vivía, la distinción social siempre ha estado presente: no era lo mismo que muriese un rey a que muriese un esclavo. Un emperador era enterrado con sus riquezas en Egipto y bajo una pirámide que lo inmortalizaba. Esta diferencia hoy sigue acentuada y aceptada: el modo de producción industrial y capitalista ha creado técnicas y profesionalismos que legitiman la mercantilización y la rentabilidad de la muerte. En la misma línea Thomas enfatiza la idea indicando que,

La característica más saliente del mundo occidental capitalista es la de reducir a su valor de uso cualquier aspecto de la actividad humana, es decir evaluar en términos de mercado y de producción la incidencia de una emoción [al punto en que] la vida y la muerte no tienen casi sentido en sí mismas, sólo valen por el lugar que ocupan en un engranaje infernal que sólo funciona al ritmo de la rentabilidad y el beneficio. En semejante óptica,

el nuevo sentido de lo sagrado de la muerte tiene un único nombre: el dinero. (1983, pp. 420-421)

Barrán, por su parte, señala que las clases altas de la era civilizada uruguaya comenzaban, en el último cuarto del siglo XIX, a fundar las ceremonias funerarias no tanto en lo religioso sino en la pompa altamente costosa. El historiador ofrece datos de 1883 de lo que se considera el primer entierro civilizado, el del abogado Prudencio Vázquez y Vega, “con coches fúnebres de gala, con un féretro lujoso de hierro forrado en su interior de raso violeta y cubierto con una gruesa lámina de cristal que permite ver el inanimado cuerpo.” La muerte se tornó para las clases del poder una situación majestuosa y bella. “Majestuosa, –dice Barrán– para que se notaran las jerarquías. Bella, por asociarla, de ser posible, al arte, para negar lo macabro, para allí, también, espiritualizar la podredumbre de la carne en descomposición que la nueva sensibilidad rechazaba con horror y repugnancia.” Y agrega Barrán que “la pompa fúnebre a la italiana se apoderó del ceremonial uruguayo de la muerte en la década de los ochenta.” (2004, pp. 267-8)

En 1886 una compañía tranviaria presentó a la Dirección de Cementerios la autorización para incorporar al servicio que ya venía ofreciendo, nuevos servicios de pompas fúnebres, por ejemplo, carros de gala con cuatro caballos y ribetes dorados o plateados. La misma compañía había solicitado en 1883 la aprobación de un tarifario que incluía cuatro categorías de entierros: dos de adultos y dos de menores. Las dos últimas categorías resultaban más económicas que las primeras. Finalizando el siglo XIX uruguayo, dice Barran:

La pompa fúnebre permitía en primer lugar diferenciar los lugares sociales y en segundo lugar convertir al entierro en hecho estético. Su calidad plástica precisa dependió de los cánones del barroco aburguesado italiano que se adueñó de todos los objetos fúnebres. (2004, pp. 270-1)

Tratamiento administrativo y legal en Uruguay

Además del espectro de simbologías y rituales mortuorios para el reconocimiento social de la muerte, es indispensable el reconocimiento oficial/estatal, que comienza con el certificado de defunción (firmado por un médico, un forense o un juez, según dónde se haya producido la muerte) y finaliza en la Intendencia de cada localidad con el alquiler de una fosa (previo pago) para poder llevar adelante la sepultura.

En Uruguay la preparación de las exequias comienza según donde haya fallecido la persona: en un hospital, en una morgue hospitalaria, judicial, velatoria o en un tanatorio. La tarea es llevada a cabo por enfermeros, forenses y/o tanatólogos. El tratamiento del cadáver continúa en la empresa fúnebre a cargo de furgoneros (funereros) y finaliza en el cementerio con los sepultureros.

La manipulación de los restos está amparada por el Decreto N° 435/005 (ver Anexo I) denominado *Reglamento Técnico para Disminuir los Factores de Riesgo, Controlar y Prevenir la Transmisión de Agentes Infecciosos de Cadáveres de Personas fallecidas a consecuencia o no de dichos agentes*. El Decreto fue aprobado por el Ministerio de Salud Pública (MSP), el Ministerio de Industria, Energía y Minería (MIEM) y el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) el 25 de Octubre del año 2005. En él se puntualizan tres artículos y se anexa el Reglamento Técnico que consta de los siguientes puntos:

- Con relación al personal de salud que manipula el cadáver.
- Con relación a la preparación del cadáver.
- Con relación al personal de los servicios mortuorios que maneja el cadáver.
- Con relación a las características de las salas que ofician de morgue.
- Con relación a los agentes causales que merecen procesos especiales de inhumación.

Para el último caso, los cuerpos que poseen algún tipo de infección de riesgo reciben un tratamiento diferente. (Ver tabla en Anexo I)

A partir del Decreto se pretende que los derechos de los deudos sean respetados, así como también la dignidad del difunto. También el Decreto protege el respeto a los principios de no discriminación-estigmatización (cuando la muerte ha sido por causas de enfermedades infecciosas), protege la confidencialidad y la privacidad de la identidad del fallecido, además de la salud de los trabajadores que manipulan exequias y la de los familiares o personas cercanas, a efectos de que todos estén amparados por normas adecuadas de bioseguridad.

Rituales mortuorios. Enfoque micro sociológico: teoría de las interacciones.

Los fenómenos religiosos pueden ubicarse entre dos categorías fundamentales: las creencias y los ritos. Las creencias consisten en representaciones, los ritos son modos de acción. Emile Durkheim, desde una Sociología positiva, e interesado por la naturaleza religiosa de la humanidad y por la religión como fenómeno social, había entendido al ritual como conducta de matriz religiosa. Creyó que la tarea central del ritual era causar representaciones colectivas en cada persona y se explayó sobre la efervescencia de la experiencia de los rituales como paliativo irracional. Pero luego Erving Goffman amplió la aplicación del término “ritual”, no separó el ritual sagrado y el cotidiano, mostrando cómo están presentes en un grado u otro en todas partes de la vida diaria. En el reino secular como en los mundos sagrado y oficial, el ritual desempeña un papel fundamental en la formación tanto del carácter individual como grupal.

Si consideramos la vida social ubicada en un “escenario”, las pautas de interacción de los individuos se ritualizan en la vida cotidiana generando una “cultura encarnada”, tal como propone Goffman, quien con un enfoque dramático, creó un dispositivo metodológico para analizar las interacciones de la vida social. La metáfora teatral presenta las acciones sociales como sucesión de actuaciones. En tal sentido, toda acción posee una cara social o “fachada” que es la actuación regular de acuerdo a cada “situación de interacción” entre actores en un escenario físico (el medio) que soporta la situación (1970, p. 123). La *fachada* funciona de modo prefijado (voluntaria o involuntariamente) con modales, con una determinada utilería, con pautas de lenguaje, expresiones y gestos corporales que trascienden lo particular y se vuelven colectivas creando patrones sociales estandarizados.

La *fachada* se compone de apariencias y modales que estereotipan e institucionalizan una determinada teatralización. Pongamos como ejemplo la vieja práctica de las lloronas en los velatorios. Las lloronas eran contratadas para ir de muerto en muerto, de velorio en velorio y de entierro en entierro, vestidas de negro dramatizando llantos y lamentos ruidosos por la muerte de alguien que, la mayoría de las veces, ni siquiera conocían. El contrato y el pago se realizaban sobre la creencia de que los llantos lavaban el alma del difunto. Se trataba de una contratación popular que trascendía las franjas sociales (cualquier persona contrataba servicios de actuación). El oficio de llorona es de tradición hispana, pero en épocas coloniales y hasta no hace mucho tiempo se hizo común en nuestra región.

Instituidas las *fachadas*, los sujetos ya no necesitan ni pensar ni crear nuevas actuaciones, puesto que de situaciones anteriores traspolan actuaciones que en la interacción funcionaron adecuadamente.

Goffman relaciona los “rituales de interacción” con los procesos de comunicación, pues “el ritual es el uso simbólico de movimientos y gestos corporales en una situación social para expresar y articular un significado.” (1970, p.98) Un ritual es entonces cierto lenguaje discursivo o extra discursivo institucionalizado usado en ciertas situaciones a efectos de comunicar sentimientos y espiritualidades que un determinado grupo valora y necesita.

El sociólogo norteamericano Randall Collins (2004), influido por Goffman, prefiere remitirse a “cadena de rituales de interacción”. El concepto forma parte de su Teoría de las Situaciones, esto es, una teoría de los encuentros momentáneos entre cuerpos humanos cargados de emociones y de conciencias, pues ellos han pasado a través de cadenas de encuentros previos, todo lo cual se enmarca en una Microsociología. La Microsociología estudia pequeñas escalas, compone estudios del aquí y ahora de interacciones cara a cara, en la escena de la acción y el sitio de los actores sociales. Es allí donde la intencionalidad y la conciencia encuentran su sitio, allí también es el lugar de los aspectos emocionales e inconscientes de la interacción humana. La Teoría del Ritual de Interacción de Collins y de las Cadenas de Rituales de Interacción son, por sobre todo, teorías de las situaciones.

Guiados por las categorías de Goffman y Randall, tratamos entonces al velatorio como un escenario de encuentros e interacciones ritualizadas en cadena, como un escenario de fachadas instituidas: se le da lugar al muerto a que tenga una última permanencia con los vivos y a los vivos una última permanencia con el muerto. El velatorio reúne a parientes, amigos y allegados creando encuentros en los que todos se sienten acompañados, entendidos y atendidos; en los velatorios las veladas transcurren entre conversaciones e intervalos de silencio; hay un continuo entrar y salir de la gente; en algunos casos la funeraria cierra sus puertas a media noche hasta el otro día, así los familiares pueden descansar y volver a la mañana temprano para despedir al muerto y acompañarlo hasta el cementerio; también están los arreglos florales, que honran a los muertos; a menudo existe la presencia de una cruz y el gesto de persignarse; una ropa adecuada; determinada duración; solemnidad; llantos; condolencias a los familiares; acercamiento al difunto, tocarlo, acariciarlo, hablarle; anécdotas evocativas de las cualidades del difunto; se suma también el certificado de defunción y el permiso de inhumación para que de ese modo quede la muerte socialmente reconocida.

Ahora bien, el acercamiento micro sociológico ve al ritual como reflejo de la dimensión macro social. El enfoque micro sociológico toma la situación como el punto de partida analítico para explicar lo social. La teoría de Collins proporciona una explicación para las variaciones en las creencias, puesto que las creencias no son continuas y constantes, sino que fluyen situacionalmente. La gente puede sentir de verdad y sinceramente las creencias que ellos expresan en el momento en que las expresan. La Teoría de Interacciones Ritualizadas conduce a una teoría de flujo de momentos de la vida mental interna, una explicación de los procesos de la subjetividad así como los de la intersubjetividad.

Evolución de los ritos mortuorios

El filósofo Michel Foucault explicó que la Modernidad ha producido un proceso de descalificación progresiva de la muerte, una especie de tabú reflejado especialmente en la desaparición de los rituales públicos que anteriormente la acompañaban. Así, hoy la muerte ha dejado de ser un fenómeno natural para convertirse en un evento altamente artificial y tecnificado. Según Foucault la causa del hecho de que la muerte haya quedado recluida a la intimidad de lo privado y poco visible –como si contuviera algo vergonzoso que esconder–, debería buscarse, principalmente, dentro de la profunda transformación de los mecanismos de poder que se desarrollaron a partir del siglo XVIII.

En línea con los planteos de Foucault, Vincent Thomas en *La muerte*, sostiene que los ritos funerarios vienen afectando, sobre todo en Occidente, el embate de la modernidad. En compensación, agrega Thomas, múltiples innovaciones llevan a una progresiva relegación y negación de la muerte.

La evolución general indica la desaparición, la simplificación, la privatización, la tecnificación, la profesionalización, el cambio de lugares, la disimulación y la reducción de algunas prácticas rituales.

En efecto, *se han reducido los símbolos que señalan el luto*: en otros tiempos quien se negaba a manifestar luto era marginado de la sociedad. Un ejemplo prototípico lo constituye el caso del luto por la muerte en 1952 de Eva Perón en Argentina: todos los empleados públicos y alumnos de escuelas nacionales estaban obligados a usar el brazalete negro, el que no lo hacía era despedido o expulsado. Hoy las expresiones de luto han perdido vigencia.

Se esconden y privatizan las expresiones de emoción: las personas tratan de protegerse a toda costa del dolor y de la incomodidad de las condolencias; los abrazos y sollozos disminuyen y se evitan; el sufrimiento se vive en soledad y en silencio, pues se aspira a no contagiar el dolor. Hoy, señala Thomas, quien pregona su dolor corre el riesgo de ser asumido como alguien que requiere apoyo psiquiátrico.

Se ha *simplificado la duración del velatorio:* a menudo, una vez levantada el acta de defunción, el fallecido es incinerado inmediatamente.

Los *costos de morir* influyen en la elección del espacio de velatorio, en su duración y en el modo de inhumación de las exequias.

Bajo la influencia del progreso de las técnicas y de la importancia que se asigna al comercio y la rentabilidad, *los ritos se han profesionalizado.* La tanatopraxia (embellecimiento) y la cremación (desaparición) son ritos modernos convertidos en operaciones puramente técnicas que tienden a negar la muerte. Ambos procedimientos responden a no ver cómo el cadáver entra en descomposición.

Cambio de lugares, disimulación y reducción.

Los lugares han cambiado, a los muertos ya no se los vela en su domicilio. Los cadáveres son conservados en frío y expuestos en salas particulares. Existen negocios que venden diversos artículos funerarios (flores, velas), incluso los lugares de velatorios cuentan con un bufet. El fallecido se expone con la expresión disimulada de que duerme en paz, como si estuviera vivo, y cada vez con más frecuencia el cadáver queda reducido a cenizas sin ser velado.

Thomas concluye que todos estos signos responden a los mismos principios: *relegar y negar la muerte real.* “El hombre moderno –dice– solo tolera la muerte en imágenes en los medios de comunicación, imágenes que incluso le atraen.” (1991, p. 135)

Metodología

El modo de abordaje que consideré adecuado para esta investigación es cualitativo en razón de aspirar a describir la mirada y la experiencia de los sujetos involucrados en los contextos de tratamiento con cadáveres. Me interesó recoger experiencias y prácticas que acontecen a diario entre los “trabajadores de la muerte”, como también sentimientos y percepciones que ellos tienen y cómo cada uno imprime significados particulares frente a la muerte y los muertos.

Siguiendo la línea de Taylor y Bodgan, a través de la metodología cualitativa se logran datos descriptivos en función de las palabras de las personas, sean habladas o escritas, o en función de la observación. En ese sentido los metodólogos aseguran:

Los investigadores cualitativos tratan de comprender a las personas dentro del marco de referencia de ellas mismas [debido a que] es esencial experimentar la realidad tal como otros la experimentan (1996, p. 20).

Para ello es necesario apartarme de mis propias creencias y representaciones, no buscando verdades sino comprendiendo significados hallados. Es entonces a través de este enfoque que pretendo realizar una descripción empírica profunda de las prácticas que se realizan al cuerpo muerto en Uruguay.

Un estudio cualitativo, como indican Taylor y Bodgan “no es un análisis impresionista, informal, basado en una mirada superficial a un escenario o a personas. Es una pieza de investigación sistemática conducida con procedimientos rigurosos, aunque no necesariamente estandarizados.” (1996, p. 22)

Esta perspectiva metodológica permite un margen de autonomía “flexible” durante el proceso de recolección de datos que brinda la posibilidad de considerar, determinar e integrar nuevas dimensiones o categorías que no hayan estado contempladas en una primera instancia. Esto fue de gran importancia en esta investigación, ya que tratándose de un tema poco investigado y del que poco se sabe, fue necesario ir armando las categorías y la terminología a partir de

los datos que fueron apareciendo. Por tal motivo la pauta de entrevistas también tuvo sus variantes durante el tiempo de trabajo de campo.

Bajo este enfoque metodológico utilicé para la investigación dos técnicas:

1) *Entrevistas en profundidad y conversaciones* con trabajadores de la muerte (funcionarios de compañías mortuorias, cementerios, morgues y hospitales), representantes de diferentes religiones y deudos.

Opté por trabajar con *entrevistas en profundidad* debido a que constituyen herramientas de recolección de datos portadoras de discursos significativos por su naturaleza dinámica, flexible, abierta y sin estandarización. Este tipo de entrevistas me permitió acercamientos cara a cara con el entrevistado, así pude mantener un diálogo pautado pero abierto. Las pautas de entrevistas para investigar fueron organizadas según cinco dimensiones-preguntas, dependiendo a qué grupo correspondiera el entrevistado.

En el caso de *trabajadores de la muerte* las preguntas rondaban en torno a:

¿Cuál es el tratamiento que reciben las exequias y por qué de ese tratamiento?

¿Existen pedidos específicos de los familiares en cuanto al trato con las exequias? ¿Qué sentido se le atribuye a esos pedidos?

¿Cuáles son los tipos de ofrendas y rituales más practicados por los deudos?

¿Los tratamientos a las exequias se relacionan de alguna manera con la posición económica o social del difunto o su familia?

Como trabajadores de la muerte, ¿Cuál es la percepción que tienen sobre la muerte?

A los *actores religiosos* las preguntas se enfocaban en:

El tratamiento que reciben las exequias.

Los significados y sentidos atribuidos a los rituales mortuorios de acuerdo a su perspectiva.

La incidencia de los costos y la relación con el mercado.

La concepción de la muerte desde los respectivos credos.

Ante los *deudos* las preguntas giraron en torno a:

El lugar donde deciden ubicar los restos y por qué, intentando hallar sentidos a los rituales y ofrendas.

El tratamiento elegido (velación, entierro, cremación) y por qué.

Los servicios requeridos para la despedida y por qué.

Los costos del proceso.

La concepción de la muerte.

Por último, las *conversaciones* tuvieron la finalidad de poder acceder al lenguaje natural surgido en los diversos contextos de los actores.

2) *Observación participante*. Pretendí desde el inicio realizar observaciones participantes en algunos de los lugares donde se realizan prácticas y rituales a los difuntos, pero, de acuerdo al hermetismo que rodea y protege al cuerpo muerto, en el correr de la investigación pude verificar la imposibilidad de aplicar esta técnica. En la morgue del Hospital de Clínicas, por ejemplo, exceptuando a un familiar directo, se requiere de una serie de trámites previos que no habilita a los estudiantes. En el cementerio Norte (elegido por ser el que cumple con todos los tipos de tratamientos a las exequias) me habilitaban solo como espectadora, cuestión que no me pareció pertinente en razón de que la información que podría llegar a recolectar “desde lejos” no era la que justamente yo tenía en mente recoger.

Surgió la idea de participar como “azafata” en un velorio, pero también tuve inconvenientes. Utilicé distintas estrategias de comunicación para insistir y poder participar (cartas, mails, entrevistas a los encargados de los locales), pero con todas tuve resultados negativos. Las razones expuestas pasaban fundamentalmente por “el respeto a la familia y al muerto”.

El dueño de una casa velatoria de la ciudad de Durazno accedió a mi pedido de participar en la preparación de un cuerpo muerto al momento de prepararlo para ser velado, y allá viajé. Pero a pesar de que en Durazno, según palabras del empresario, “fallece gente diariamente”, el día de mi visita, no hubo servicio para realizar. De cualquier manera la visita fue muy significativa, ya que conocí el lugar donde preparan los cuerpos para el velatorio. El encargado de esas tareas me explicó con detalles los tratamientos y prácticas que se realizan en su empresa. Observé la morgue de la casa, el lugar donde se exhiben y se venden los distintos tipos de ataúdes, tuve la posibilidad de conocer una furgoneta mortuoria por dentro, la sala velatoria y su disposición estándar y especial.

Informe de campo

El trabajo de campo lo realicé durante los años 2014 y 2015. Por ser un tema que requiere de total respeto y ética por parte del investigador el proceso fue lento, con niveles de insistencia y expectativas adecuados a las circunstancias.

Llevé a cabo 18 entrevistas en profundidad correspondientes a los 3 ejes que guiaron la investigación:

-Trabajadores de la muerte (funcionarios que tienen contacto directo con cuerpos muertos), 6 entrevistas.

Jefe de Necrópolis de la Intendencia Municipal de Montevideo.

Encargado general y sepulturero del Cementerio del Norte.

Nurse encargada del 4to. piso del Hospital de Clínicas (enfermos terminales).

Furgonero de la compañía Foreste Pose (preparación de cuerpos pre velatorio).

Empresario, dueño de una casa velatoria.

Realicé una entrevista planificada a una funcionaria forense de la Morgue Judicial, quien por falta de tiempo no pudo más que otorgarme una charla telefónica a través de la cual me brindó información significativa. Me solicitó que le enviara por correo electrónico un formulario de preguntas, que posteriormente contestó. La funcionaria me aportó material sobre Medicina Jurídica, realización de autopsias y tratamientos a los cuerpos en casos de muertes confusas. Si bien dicho material suma conocimientos relativos a las formas de tratar los cuerpos muertos en Uruguay, no fue tomado en consideración debido a la demarcación establecida en el proyecto inicial de esta tesis.

-Deudos: el criterio que se utilizó para la selección de los deudos tuvo que ver con personas que han tenido que tomar la decisión de qué hacer con los restos de su ser querido. Para ello se realizaron 9 entrevistas. Si bien la cantidad de personas que fueron entrevistadas en este grupo no representa un número significativo, consideré que con esa muestra quedaban representadas las distintas decisiones que las personas pueden tomar sobre el cuerpo sin vida de acuerdo a las posibilidades que Uruguay ofrece. Dicho criterio delimitó el número de entrevistados.

-Representantes y practicantes de diferentes religiones, 4 entrevistas:

Rabino encargado del Cementerio Israelita en Uruguay.

Párroco encargado de misas y ritos de unción de los enfermos.

Miembro militante del Movimiento Humanista del Uruguay.

Miembro perteneciente al Budismo, evangelista.

Estos últimos fueron incluidos una vez comenzado el trabajo de campo, ya que desde las primeras entrevistas realizadas, la religión apareció como eje transversal en lo que tiene que ver con el tratamiento de los cuerpos y los ritos frente a ellos.

Como en toda investigación se presentan ventajas y desventajas. Una de las ventajas fundamentales fue la disponibilidad de los entrevistados, el entusiasmo y el agradecimiento que demostraron, lo cual reveló el deseo de narrar sus propias experiencias pese a la delicadeza del tema. Vivencié momentos emotivos surgidos de la memoria y los recuerdos y de la difícil tarea de trabajar y estar en contacto con el sufrimiento humano por tener que ver “lo que un ser humano no debería ver”.

En la mayoría de las entrevistas yo me dirigí al lugar donde se encontraba la persona, muchas veces en su lugar de trabajo y otras veces en un café. Todas las situaciones se desarrollaron en un clima de armonía y respeto.

La mayor de las desventajas fue mencionada renglones más arriba: la imposibilidad de realizar observaciones participantes.

Es importante dejar en claro que los resultados que desprende de esta indagación de campo por sí mismos no tienen posibilidad de generalización indiscriminada ni de universalización.

Análisis

El cuerpo muerto genera en todas las sociedades diversas formas de tratamiento y de evacuación que tienen su expresión simbólica en una serie de procedimientos definidos de acuerdo a cada trayectoria cultural, social, religiosa y económica.

Acciones que se vinculan a la manipulación del cadáver: el cuerpo en la morgue, sanatorio u hospital.

Al primer procedimiento realizado al cuerpo muerto se le denomina *tratamiento post mortum*. Es realizado por enfermeras o nurses en los sanatorios u hospitales y consiste en preparar el cuerpo para ser trasladado a la morgue. Una de las nurses entrevistadas relató lo siguiente:

Después que el médico constata la muerte, lo dejas un rato, ta? Un rato, porque siempre el cuerpo genera latidos cardíacos. Vos lo oculás con el estetoscopio, no tiene latidos, pero después le sacas los catéteres del cuerpo (vías periféricas, sondas naso gástricas, sondas bisecares, respirador) y tapás todos los orificios con algodón para evitar que se pierdan fluidos. Las manos se las pones en esta posición [sobre el cuerpo] y con una cinta se las atás. Los pies lo mismo.

Dispuesto el cuerpo, dependiendo del material que disponga la Institución, se envuelve en una mortaja, un sobre o una sábana de tela no tejida (TNT), luego se identifica con el nombre. Este primer tratamiento se realiza a todos los cuerpos muertos sin excepción, pues es obligatorio por el Decreto 435 (que ordena proteger la higiene y preservar la integridad del

cuerpo y del entorno). Ese cuerpo muerto es un potente agente de contaminación, porque una vez que pierde signos vitales los órganos y los tejidos comienzan un proceso de autoeliminación y descomposición que compromete la salud de los trabajadores y la de otros pacientes.

Sin embargo se ha podido corroborar que no en todos los sanatorios u hospitales el cuerpo se entrega como lo establece el Decreto, pues a raíz de una entrevista realizada en una casa velatoria, se pudo saber que hay casos en que los cuerpos no reciben el tratamiento *post mortum* en el hospital, siendo los funcionarios de la casa velatoria los que realizan esta primera tarea, pero con mayor dificultad, debido a que el cuerpo ya posee descomposición y rigidez. “La mayoría de las veces llegan en condiciones deplorables desde los sanatorios”, manifestó el propietario de la funeraria que visité.

Cuando este primer tratamiento se lleva a cabo en la sala hospitalaria en que el paciente fallece, de ahí pasa a ser depositado en la morgue del hospital, mínimamente durante dos horas según el Reglamento. A partir de entonces el cuerpo tiene dos destinos posibles: traslado a la casa velatoria o traslado al cementerio para recibir la sepultura.

Unos minutos antes de que los enfermeros realicen el trabajo de trato *post mortum* (antes de colocar la mortaja y enviar el cuerpo a la morgue) se permite a los familiares del fallecido entrar al recinto de muerte para quedar a solas despedirse del ser que se va.

En ese momento surgen los primeros rituales por parte de los deudos. De los datos recogidos, tanto de funcionarios de la salud como de familiares directos, en ese momento se realizan las primeras ofrendas: se colocan estampitas, agua bendita, imágenes de santos o vírgenes cerca del cuerpo en señal de “acompañamiento en la partida a la otra vida” –tal como manifestó el párroco de la Iglesia de Durazno—. A veces no falta una canción que al difunto le gustaba, además se besan las manos y la frente, etc. También es habitual el ofrecimiento de una misa de exhumación a solicitud de los deudos para despedir al difunto y que parta en paz. Así lo relató un cura que realiza este tipo de servicios:

Me llaman para hacer la misa... Eso es interesante. Aquí hay muchísimos pedidos de misas por difuntos, pero no es así, eso no me termina de cerrar, no es así... La gente lo toma como una tradición, acá no puedes hacer una disociación entre lo que es tradición y lo que es religión. Muchas veces vienen a buscar al sacerdote, como se dice en latín, ‘*in articulum mortis*’, en la hora de la muerte, y cuesta meterles en la cabeza que no es el

sacramento, no hay un sacramento para los muertos, hay un sacramento para los enfermos, que es distinto, entonces vienen ya cuando está en el CTI, o agonizando.

En el caso de tratarse de una muerte dudosa o por accidente de tránsito, el cuerpo ingresa a la órbita judicial, por lo que el tratamiento varía de acuerdo a las peticiones del juez, del médico tratante y hasta de los deudos.

En el caso de que el fallecido no tuviera familiares, desde la morgue se llama por teléfono a la Intendencia y un funcionario se encarga de tramitar los papeles correspondientes para poder retirar el cuerpo. Para ello necesita el certificado de defunción firmado por el médico que constató la muerte del paciente y la causa. Con el certificado en mano, el funcionario está en condiciones de retirar el cuerpo, el cual es llevado en un cajón que aporta la Intendencia y es trasladado directamente al cementerio. Allí el funcionario de la Intendencia es quien tramita los papeles de inhumación y luego se procede a la sepultura, generalmente en tubular.

En el caso de que el fallecido tenga familiares, estos son quienes se hacen cargo de la tramitación. Si la familia quiere velarlo, contrata los servicios de una funeraria y es esta la encargada de hacer esos trámites. Si el fallecido cuenta con familiares pero se encuentran en otro departamento o en otro país, se realiza al cadáver el tratamiento *post mortum* y se lleva a cámaras de la morgue, donde es conservado hasta que llegue alguien, y ahí comienza el trámite de traslado. “Hay pacientes que son del Interior y sus familiares demoran en llegar, por eso se los baja a la morgue y se los pone inmediatamente en heladeras”, contó la nurses entrevistada.

Con el cuerpo en la morgue, los funcionarios de los sanatorios culminan su tarea. Allí se espera a que el cuerpo sea retirado por la cochería. Como se mencionó anteriormente, si el fallecido no tiene familiares, lo recogen funcionarios de la Intendencia, si tiene familiares, mayoritariamente se contrata un servicio de funeraria que levante el cuerpo para velarlo o para trasladarlo al cementerio asignado. En el caso de que los familiares del difunto no cuenten con medios económicos para contratar un servicio de cochería, la Intendencia dispone de un servicio básico para el traslado del cuerpo.

Antes del traslado en cualquiera de los casos, los familiares deben hacer el reconocimiento del cuerpo. Ningún cuerpo puede salir de la morgue sin haber sido reconocido con anterioridad, la razón de esta disposición se fundamenta en el hecho de no cometer el error de trasladar un cuerpo equivocado.

El cuerpo en la casa velatoria

En esta segunda instancia el tipo de prácticas con el cuerpo muerto tiene que ver, por un lado con el tipo de muerte que haya tenido el difunto (el Decreto 435, para las muertes por causa de enfermedades de riesgo, establece el procedimiento legalmente correcto, si se puede o no ser velado y en qué condiciones); y por otro, el lugar físico donde se produjo el fallecimiento (no es lo mismo morir en un accidente de tránsito en la vía pública, que morir en el domicilio o en el hospital).

Una vez que el cuerpo es retirado de la morgue del hospital, tiene dos destinos posible: o se vela, o se le da sepultura. Si la decisión de la familia es velarlo (o si así lo pidió en vida el fallecido), necesariamente se debe recurrir a un servicio de casa velatoria, llámese también funeraria o servicio fúnebre.

El servicio base que realiza cualquier empresa fúnebre es resolver todos los trámites necesarios para evitar que la familia tenga que hacerlos: levantar el cuerpo (de donde sea), trasladarlo a la casa velatoria, prepararlo para la velada, y una vez culminado el velatorio, trasladarlo, junto con la familia, al cementerio a darle sepultura. Por último, el servicio traslada a los familiares al lugar de partida. Por supuesto, para comenzar a realizar estas tareas es imprescindible contar con el certificado de difusión. El furgonero de una compañía funeraria de Montevideo relató:

Cuando son muertes naturales o muertes por enfermedad que están en un sanatorio o con internación domiciliaria, el familiar te llama a la empresa y te dice ‘mira, acaba de morir mi papá, mi hermano, mi mamá..., entonces siempre se le pide el certificado de defunción, porque es lo que habilita a la empresa a poder retirar el cuerpo. Ese es el documento oficial que certifica que esa persona murió por tal motivo.

Cuando la persona fallece en situaciones diferentes (accidente de tránsito, muerte dudosa, etc.) se le da pase a un forense, y es la familia la que tiene que encargarse de los trámites correspondientes. El procedimiento empieza en la seccional policial que concierna, se hace la denuncia del deceso, la policía da parte al juez y al forense de manera inmediata, y son estos últimos quienes realizan un diagnóstico de la situación. En esos casos los funcionarios de las casas velatorias esperan por “los oficios” que los habilitan a retirar el cuerpo.

El mismo furgonero contó que “en esos casos siempre hay que esperar la resolución del juez, el forense es el que da el diagnóstico y el certificado de defunción una vez que hace la actuación.”

Si por orden del juez el cuerpo debe ser enviado a la morgue judicial para recibir autopsia, será trasladado por un coche judicial. Entonces el tratamiento que recibirá ese cuerpo será de carácter legal y judicial. En caso de muertes dudosas, el tratamiento que se le realiza al cuerpo es la autopsia. Una vez realizada, la funcionaria forense judicial que entrevisté detalló:

Se debe reconstruir el cadáver dentro de lo que sea posible. Esto está establecido en el Código del Proceso Penal y en la Ley de Donación de Órganos y Tejidos. No solo se realiza porque está determinado en leyes, sino por una cuestión de respeto hacia el cadáver y la familia, que quizás lo quiera ver luego de la autopsia, en algunas ocasiones hay que reconocerlo para identificarlo.

Para estos casos de muertes especiales, desde el año 2011, se está implementando el uso del certificado de defunción electrónico. Una vez que se firma el certificado, según la causa de muerte o las patologías, se debe determinar si el caso es código A, B o C, lo cual indica el tratamiento que recibirá el cadáver y orienta los procedimientos de inhumación, de acuerdo a lo que me explicó la misma forense.

Pero volviendo a los casos de muerte con certificado de defunción, una vez que el cuerpo está en manos del servicio fúnebre (porque se optó por velarlo) comienza un nuevo tratamiento para ese cuerpo según tres aspectos fundamentalmente:

1. El estado en que ese cuerpo llega a la casa velatoria, como mencioné para el primer tratamiento.
2. Las elecciones de los familiares para la velación de ese cuerpo.
3. Que la causa de muerte no esté relacionada con enfermedades infecciosas de alto riesgo, tal como lo define el Reglamento (hay casos en que no es aconsejable la velación, y hay casos en que no es aconsejable la velación a cajón abierto).

1. El estado en el que se encuentra el cuerpo depende fundamentalmente de las causas de muerte. Cuando una persona muere en un accidente de tránsito es común ver partes del cuerpo fragmentadas, fracturas, rostros desfigurados, grandes pérdidas de sangre que provocan hundimientos faciales, amputaciones, pérdida de órganos (ojos, piezas dentales, etc.). Se hace

muy difícil reconstruir un cuerpo en ese estado, y más si se le suman las horas que pueden llevar los trámites para poder levantarlo. En esos casos se sugiere a la familia una velación a cajón tapado, para evitar también las pérdidas de sangre y fluidos de las heridas.

En casos de muerte por accidente de tránsito, homicidio o suicidio y que existan grandes heridas, el tratamiento que se le realiza a ese cuerpo generalmente tiene que ver con la higiene y el mantenimiento íntegro y compacto, para que “aguante” las horas de velación. El dueño de la funeraria de la localidad de Durazno explicó en ese sentido:

Hay casos en que lavamos el cuerpo íntegro. En casos de accidentes graves lo lavamos todo, lo emprolijamos, lo secamos, le ponemos productos para el olor por si de repente va a estar muchas horas en el velatorio.

A su vez en estos casos se refuerza el cajón con materiales impermeables, envolviéndolo en doble o triple bolsa para conservar los líquidos que se estén expulsando y no se filtren por las láminas del cajón.

Si el cuerpo llega a la casa velatoria a consecuencia de una muerte natural o esperada, el tratamiento es lo que le llaman “tratamiento básico”. El mismo entrevistado duraznense dijo:

Cuando retiramos el cuerpo del sanatorio, nos lo dan envuelto en una sábana, una bolsa de cadáveres o una mortaja, dependiendo de cada centro. Acá nosotros lo que hacemos es un embellecimiento facial. ¿Viste que la mayoría de las veces queda la boca abierta?, nosotros la cerramos de manera que quede la persona aparente, que la gente no vea que está muerta, sino que parezca que está durmiendo para que se lleve una imagen mejor de ese momento.

Entonces se sella la boca, se coloca relleno en los pómulos para que no queden comprimidos, se sellan todos los orificios para que no supuren y se coloca el cuerpo en el cajón. El empresario agregó:

Primero se le pone una almohadilla al cajón en la parte donde iría la cabeza y esta tiene que estar derecha con la punta del cajón, cosa de que el familiar cuando se encuentre con eso esté presentable y después se le hace toda una capa de papel que es para que quede derecho y por arriba va la mortaja, eso blanco que ves arriba, y que es como una seda.

2. El tipo de tratamiento que se le da al cuerpo en el servicio fúnebre depende de los deudos. Aquí se ponen en juego tres aspectos sobresalientes: los precios de los servicios, el

embellecimiento con apariencia de vida, el espacio de socialización para hacer un despidio colectivo y digno de quien murió.

Los servicios de una empresa funeraria comienzan por el cuerpo del muerto (técnicas de acondicionamiento estético) y siguen por los servicios de coches, el arrendamiento de la sala, el café, una azafata, la tramitación administrativa, la publicación en la prensa y el traslado al cementerio. El furgonero de la funeraria aparte de encargarse de levantar el cuerpo y conducirlo hasta la empresa, también se encarga de acondicionar el cuerpo para presentarlo en el cortejo velatorio.

Generalmente –expresó el chofer de una compañía de Montevideo- la familia pide que lo afeitemos, que le pongamos los dientes, que lo vistamos, que lo maquillemos para darle un poco de color. La idea es que esté presentable para sus deudos.

La investigación reveló que las técnicas de tanatopraxia y tanatología se realizan solamente en casos puntuales en nuestro país, y no se llevan a cabo por motivos estéticos sino forenses. “La tanatopraxia –explicó la forense entrevistada- no está muy desarrollada en nuestro país, y de realizarla es tarea de empresas fúnebres, como sucede en otros países”. Por su parte, el propietario de la funeraria agregó que “no se practica porque no está legislada y porque no hay infraestructura.”

Los furgoneros también preparan la sala velatoria, los elementos infaltables son: los pies para apoyar el ataúd, todas las luces encendidas y el Cristo (que depende de la familia, porque a veces piden retirarlo).

La duración del velatorio es de un máximo de 24 horas. Los dos furgoneros entrevistados coincidieron en comentar que cada vez menos gente opta por realizar velatorio, y que en caso de realizarlo, la duración es cada vez menor.

Las empresas también cuentan con el servicio de depósito de cuerpos. En los casos en que los deudos deciden no velar al ser que acaba de morir, la compañía dispone de depósitos para que el cuerpo permanezca hasta el momento de la inhumación.

Ahora cambió mucho –dijo uno de los furgoneros. Ahora se vela cuatro horas, dos horas. De hecho algunos dejan en depósito el cuerpo para ir directo al cementerio. Como hay otros también que no van al cementerio, que le dicen a la empresa ‘llévenlo”, y es la empresa la que se responsabiliza de llevarlo para la sepultura.

El servicio de cafetería de las funerarias cuenta con azafatas, quienes sirven café, té, agua y atienden aspectos relativos a la calefacción, a cualquier información que requieran los deudos, a los servicios higiénicos y al cuidado de los objetos de la casa para evitar hurtos. “Te distraes un segundo –dijo un funcionario- y la gente te roba lo que sea (la escoba, la pala, las cucharas).”

Hasta aquí, los servicios mencionados conforman lo que se denomina “el paquete básico”. Para cualquier difunto que no cuente con convenio con alguna previsorora o sociedad médica, el servicio básico tiene un costo aproximado de 1.000 dólares, e incluye ataúd, todos los trámites, el traslado desde el lugar de muerte hasta la cochería, el amortajado y preparación del cuerpo, el servicio de velatorio, el cortejo hacia el cementerio que incluye carroza fúnebre y dos coches para el traslado de los familiares más cercanos. A partir de esa base, toda pompa que los deudos deseen agregar, tiene costos adicionales, “nosotros lo máximo que podemos brindar es un servicio que llega a 25.000 dólares”, dijo uno de los empresarios.

Las empresas firman convenios con instituciones y con empresas: con el Banco de Previsión Social (BPS), con cooperativas, con sociedades médicas, con sanatorios, con financieras, con empresas de seguro. El sistema funciona descontando al afiliado una módica cuota mensual (desde 100 hasta 350 pesos) la que asegura que quede cubierto el servicio básico en la hora del deceso. La funeraria recibe un porcentaje de cada entidad con la que firmó convenio.

La mayoría de las personas cuentan con cobertura fúnebre, que como ya se mencionó, incluye el paquete básico, sin embargo, para la gente que no tiene cubierto el servicio funerario y que no tiene recursos, el BPS paga a la compañía que realiza la tramitación una base de 16.700 pesos establecidos por ley, que incluye sólo el amortajamiento, el ataúd y el traslado al cementerio. Si existieren intensiones de velar al indigente, al menos en Montevideo, la Intendencia cuenta con salas velatorias en convenio con previsoras y sin costos para los deudos. Así lo afirmó el Jefe de Necrópolis de la Intendencia Municipal de Montevideo:

Nosotros tenemos un servicio fúnebre que se llama 'servicio fúnebre y de necrópolis', el servicio fúnebre lo que hace es atender a aquellas personas que no tienen posibilidad de cobertura de un servicio fúnebre, o sea, cubre a la persona en sí, ya sea que estén en situación de calle, o pensionistas por vejez, etc.

Entonces todas las personas que así lo desean tienen posibilidades de un velatorio y un entierro, sea pagando o no, lo que se requiere es contar con alguien que pueda realizar los trámites. Por otro lado, los servicios de las casas funerarias varían de acuerdo a los costos que los deudos deseen pagar, pues, de tener convenio, éste servicio puede mejorarse, y agregar otros servicios o mejorar los ya incluidos.

Una vez que el cuerpo está ubicado en el cajón, y antes de ingresar a la sala para ser velado, aparecen los ritos familiares para con ese cuerpo. Los relatos que se desprenden de los trabajadores que están en contacto con la preparación del cadáver dan cuenta de los pedidos que los familiares demandan:

-La mayoría de los entrevistados coincidió en que las flores son la ofrenda por excelencia a la hora de despedir a un ser querido. El sentido que se le otorga a esto tiene que ver fundamentalmente con la tradición ("voy y llevo algo", o "mando unas flores").

-Dentro del cajón, antes de cerrarlo, van ciertos objetos, es uno de los pedidos frecuentes. Esos objetos pueden ser crucifijos, alhajas, cartas, fotos, banderas de clubes deportivos y políticos, trofeos, etc. El sentido que se le otorga a este tipo de ofrendas es variado y depende de cuál sea la percepción de la muerte, de la religión a la que se pertenezca, pero en general se mantiene la idea de que el muerto ingrese a su nueva vida acompañado de las cosas que amó, o porque el difunto lo pidió en vida.

-El llanto es otro elemento repetitivo, aspecto que denota tristeza y no aceptación de la muerte.

-Existen demandas familiares que implican agregar o quitar elementos religiosos de las salas y el féretro. Por ejemplo, incorporar figuras de una determinada cultura religiosa, o quitar los espejos, los crucifijos e íconos religiosos.

Si bien es cierto que en los últimos tiempos se ha producido un proceso de descalificación del ritual del velatorio, al indagar en el significado que guarda para aquellos que contratan un servicio funerario, se hallaron respuestas diversas. Muchas de ellas, provenientes de los entrevistados, reflejaron que está naturalizada la idea de que el velatorio es parte del proceso de muerte (de la misma forma que es natural presentarse en un cumpleaños con un regalo, sin cuestionar porqué):

No me imagino un muerto sin velorio, ¿qué haces?, ¿lo dejas ahí tirado? Y nosotros mientras tanto, ¿qué hacemos?, ¿esperamos dónde? –se cuestionaba una entrevistada que recientemente había velado a su novio– Es una instancia triste, pero hay que hacerla –concluyó.

Otros manifestaron que es necesario el velorio para crear un espacio común a todos los allegados y poder saludarse entre sí mientras se produce la última despedida del que parte a otra vida: “todos querían verla al fin descansar en paz”, manifestó el hijo de una reconocida funcionaria judicial. En el mismo sentido otro declaró que “la gente va a hacer relaciones públicas a un velorio, a encontrarse. Es un momento en que se junta toda la familia. Y va a seguir siendo así. Ahora son muy de ir los políticos para hacer política.”

A veces ha habido un pedido expreso de la persona antes de morir. No obstante es complejo explicar los sentidos simbólicos que guarda en los tiempos que corren el ritual de velar a un muerto en una empresa de pompas fúnebres, “No puedes hacer la disociación entre lo que es tradición, lo que es religión, lo que es cultura. Está todo muy mezclado”, me dijo un párroco.

Una variante del ritual del velatorio es la cuestión del cajón tapado o abierto. Esto lo decide la familia o bien se produce un acatamiento al Decreto 435, cuando la muerte ha sido por enfermedad infecciosa. En este último caso el velatorio se lleva a cabo a cajón cerrado. Velar a cajón abierto alberga el valor de poder tocar, besar, y ver por última vez a ese que se va para siempre.

Actualmente es poco frecuente velar durante 24 horas, como fue normal hasta hace unos años. La situación común de duración de un velatorio gira en un promedio de seis horas, y casi nunca de madrugada.

El cuerpo en el cementerio

En Montevideo hay un total de cinco cementerios: el Cementerio Central, el Cementerio Norte, el Cementerio del Buceo, el Cementerio de la Teja y el Cementerio del Cerro. Después están el Cementerio Británico (que no lo administra la Intendencia de Montevideo) y el Cementerio de los Judíos en la Ciudad de la Paz, en el Departamento de Canelones.

Los tratamientos específicos que se realizan a los cuerpos muertos en los cementerios son: la inhumación, la reducción, la ubicación en el urnario municipal y la cremación. El Jefe de Necrópolis de la IMM relató:

El Cementerio Norte, aparte de ser el más completo, es el más grande. Tiene una extensión que lo hace ser uno de los cementerios más grandes de América, después de la Chacarita y el cementerio de San Pablo. Y ahí en el cementerio Norte lo que hay son todas las modalidades que se conocen de enterramientos, de inhumación de cadáveres. Está la tierra, que es el modo tradicional, el más común, están los tubulares que son también propios del cementerio Norte, en tierra comparte con el Cerro, después están los nichos y panteones, panteones colectivos que son de las sociedades.

La *inhumación* del cadáver puede realizarse en fosa, tubular, nicho o sepulcro. El plazo de permanencia de los cuerpos es: en fosa 3 años, en tubular 2 años y en nichos y sepulcros individuales indefinidamente. Junto con el cuerpo (ya posado en su ataúd) se coloca una chapa con el número de cédula gravada, cuya función es la de identificar los restos del fallecido. Previo a la inhumación se realiza el acondicionamiento del lugar que consiste en la limpieza de fosas y tubulares, y, de ser necesario, la reubicación de urnas y ataúdes en nichos y sepulcros.

Si las personas no cuentan con nichos particulares o convenios con previsoras o sociedades médicas, es la administración de cementerios, a través de la División Territorial de Necrópolis, la que designa el sitio donde van a habitar los restos, dependiendo de la disponibilidad de lugares que existan al momento. El Jefe de Necrópolis, quien antes de ocupar el cargo actual desempeñó el oficio de sepulturero, explicó:

Las personas que van a tierra y a tubular es porque no tienen nicho, ni panteón, ni convenios con mutualistas, ni con sociedades. Entonces la Intendencia da la opción de ir a tierra o a tubulares. Si está la posibilidad monetaria, se da la posibilidad también de arrendar un nicho.

Cualquiera sea la opción, los familiares directos son los que inciden. Para casos de restos no identificados, no reclamados, o en situación de calle, se encarga la Intendencia de cada Departamento, dependiendo de la disponibilidad territorial en los cementerios, pero generalmente se le asigna un lugar para la inhumación, y al término de dos años se realiza una cremación colectiva por oficio.

Las empresas fúnebres son las encargadas de hacer llegar el cuerpo en un vehículo, mientras los sepultureros esperan para realizar el trabajo en equipo. Inmediatamente los deudos pasan por la Administración del Cementerio para dar cuenta de que los restos de su familiar han llegado, y ahí comienza el acto de sepultura. Allí se informa el lugar donde irán los restos (número o nombre de calle) y se entrega un certificado que avala la permanencia del cuerpo en ese cementerio, también se indica la fecha en que se deberán levantar dichos restos.

Los sepultureros guían la procesión hasta el lugar del sepelio, previamente asignado por los funcionarios del cementerio. Llegados al lugar, los sepultureros toman a su cargo el procedimiento. Se realiza la fosa, se baja el cajón, y allí se deja unos instantes para que los deudos tengan su último adiós. Así relató el encargado del Cementerio Norte:

Nosotros podemos retirarnos, o podemos simplemente estar por ahí. A veces demoran un poco, entonces nos retiramos, pero bueno, tamo en la vuelta, porque después tenemos que bajarlo, tenemos que darle la sepultura, pero un rato nos retiramos y los dejamos tranquilos a ellos y cuando terminan nos comunican y bueno, le damos sepultura.

Inmediatamente comienza el entierro. Este es el momento de la culminación del sepelio, el momento en que el cadáver será materialmente separado de los vivos. Según el caso, se introducirá el féretro a pulso, o con ayuda de cintas, o con el cargador automotriz si se trata de un tubular o un nicho en altura. Una vez cerrado el sepulcro se colocan las coronas y adornos florales, y concluye el acto, retirándose de allí los trabajadores habiendo culminando su función. Cabe aclarar que todos los cuerpos ingresados al cementerio reciben los mismos tratamientos. Allí no se manipula el cuerpo, se manipula el cajón.

Cumplido el plazo estipulado se procede a la *reducción*. En caso de que el cuerpo no se encuentre en las condiciones requeridas, el solicitante puede optar por la cremación o dejarlo un año más (y no más), a efectos de que se cumplan las condiciones para efectuar la reducción. El procedimiento de la reducción de cuerpos consiste en colocar dentro de una urna los restos óseos del fallecido.

Luego de efectuada la reducción de los restos óseos, ya dentro de la urna, viene la *ubicación en el urnario* municipal, siempre y cuando el familiar o quien haya solicitado la reducción de los restos opte por esta modalidad. Dichos restos serán identificados con un lugar de ubicación único. El tiempo de permanencia allí será de cinco años y una vez cumplido ese período deberá ser actualizado (a través del pago por otros 5 años).

La *cremación* se realiza a los cuerpos cuando las personas en vida lo solicitaron por escrito, o cuando lo solicite un familiar directo. También se puede dar “de oficio” que es cuando los cuerpos enterrados y no reclamados luego de tres años, por problemas de escases de espacio en el cementerio y de higiene, se trasladan al complejo crematorio del Cementerio del Norte, depositándose las cenizas en el osario general. Esto comentó el Jefe de Necrópolis de la IMM:

A los cuerpos sin identificación, o no reclamados, se les da sepultura, pero se los puede pasar al horno crematorio directamente, por oficio, y van a una fosa común en forma conjunta, sin identificación. Mayormente se está cremando todo, porque no alcanzan los espacios.

Un cuerpo destinado a ser incinerado debe esperar de 24 a 36 horas en una cámara del propio cementerio, luego es sacado del féretro en el complejo de cremación frente a un familiar testigo, se lo coloca sobre una bandeja de metal no dilatante, en ese momento se le pone al cuerpo una chapa identificatoria con el número de documento, y recién entonces se introduce en el horno crematorio. El horno se prende una vez al día para realizar todas las cremaciones planificadas.

La práctica de la cremación ha aumentado en estos últimos tiempos, “pasamos –explicó el Jefe de Necrópolis– de tener dos mil cremaciones a tener más de diez mil por año”. Los tres hornos existentes en Uruguay se encuentran en el Cementerio Norte de la capital del país, pero se han presentado dos solicitudes de habilitación, uno en la ciudad de Salto y otro en la ciudad de Canelones. Los costos de la construcción de un horno de esta naturaleza no son

bajos, debido a las exigencias de una amplia reglamentación en materia de seguridad ambiental.

Dentro de los *aspectos legales*, está también todo lo que refiere a la manipulación de las cenizas. Después de calcinado el cuerpo, los restos pasan por un proceso de enfriamiento (de veinte a treinta minutos) y de apisonado, para convertirlos en polvo de cenizas, todo ocurre en el correr del mismo día en el transcurso de dos horas aproximadamente. El familiar debe acercarse en ese momento una pequeña urna o vasija para depositar allí las cenizas. A partir del momento en que el familiar dispone del recipiente, las cenizas son de libre destino, pueden permanecer en el urnario municipal del cementerio, renovando la renta cada cinco años, guardarse en la casa familiar o esparcirlas en algún sitio.

Aparte de las tareas que tienen relación directa con los restos, los cementerios también realizan “tareas afines”: aprendizaje de una correcta utilización de maquinaria y equipo para sepulturas, adecuación a las normas de seguridad e higiene en materia laboral preestablecida, colaboración con el público concurrente al cementerio con correcta información, tener buena disposición frente al estado emocional del público visitante.

Debe mencionarse también que desde el año 2010 se dicta en la IMM un curso-taller para funcionarios que van a realizar la tarea de sepultureros. El curso es coordinado por un equipo multidisciplinario en el que el actual jefe de la sección de Necrópolis (quien fue sepulturero durante veinte años desarrollando estas actividades por todos los cementerios de Montevideo) se encarga de transmitir la historia de los cementerios uruguayos y la normativa que los rige. Otros especialistas (médicos, psicólogos) se encargan de informar los temas de salud ocupacional.

Uno de los primeros *rituales de los deudos en los cementerios* consiste en cargar a mano el féretro por parte de los familiares y allegados varones. En estas circunstancias las costumbres religiosas son variadas: los coreanos toman fotografías, los gitanos comen y festejan, los uruguayos lloran y aplauden, a veces piden a los funcionarios colocar ofrendas (banderas, muñecas, cigarrillos, vino, flores). Fundamentalmente se presentan ritos de base religiosa, el jefe de Necrópolis declaró que “evangelistas, umbandistas y católicos entierran en Cementerios públicos, los judíos cuentan con cementerio propio en la ciudad de La Paz.”

La *cremación*, y su aceptación cada vez mayor, se ha transformado en un ritual relativamente nuevo en todo el mundo, tanto así que Thomas y Ariés lo calificaron de “nuevo ritual”.

Los costos de morir en Uruguay

Sobre el tema de cuánto cuesta dar sepultura a una persona fallecida, la respuesta es relativa. En el caso de la inhumación y del tubular hoy el costo es de \$ 2.130 (en calidad de impuestos municipales). Vencido el plazo de dos años, el arrendamiento del lugar puede realizarse por un año más debiendo pagar una tasa de \$ 1.360. Pasado ese plazo ya no hay prórroga, y el cuerpo debe levantarse. El destino puede ser la reducción o la cremación, como se dijo renglones arriba.

La reducción se realiza en el mismo lugar de la sepultura, y debe pagarse nuevamente la tasa de \$1.360. Esos restos deben ir al urnario del cementerio y estarán allí por cinco años. Una vez vencido ese plazo se deberá abonar nuevamente la tasa para la renovación por cinco años más de alquiler del urnario, y así sucesivamente. Si la tasa de renovación no es actualizada por nadie, y los restos están abandonados en el urnario, los cementerios disponen de un dispositivo de “cremación por oficio”, que consiste en agrupar varios restos abandonados, cremarlos en conjunto y depositarlos en una fosa común, como también ya se explicó.

El procedimiento de cremación de los restos y entrega de las cenizas a los familiares tiene un costo de \$ 4.560. En el caso de que no haya inhumación y los restos pasen a cremación directamente, el costo es de la misma suma. Si las cenizas quedan en el urnario del cementerio, los tiempos y los costos de permanencia en el lugar son los mismos que para la reducción.

Los nichos y panteones que hay en el cementerio son privados. Algunos nichos pertenecen a la Intendencia y son arrendados en forma excepcional, el resto pertenece a familias y quedan como herencia de generación en generación. El personal del cementerio no tiene obligación de cuidarlos ni de limpiarlos, eso va por cuenta de las familias que generalmente pagan un servicio tercerizado para que realice esa actividad. Esas familias pagan un arrendamiento por el espacio cedido de la Intendencia en concepto de alquiler anual, cuyo valor monetario desconocemos.

Se deduce entonces que siempre debe abonarse una suma de dinero para acceder a un espacio sepulcral. Sumados los costos del servicio de una casa velatoria y los costos del servicio en cementerios, resulta una cifra mínima que ronda los 26.000 pesos uruguayos.

Los costos de morir también responden al tipo de convenio previsional que haya contratado la persona, en el caso de haberlo hecho en vida. De esto depende el tipo de servicio y de “insumos” solicitados. Existe una base de insumos que es cubierta por el convenio pre establecido, pero a partir de ahí es posible que el cliente mejore el servicio asumiendo la diferencia de los nuevos costos. Así relataba uno de los entrevistados frente a la pregunta ¿cuánto cuesta morirse?

Y..., según. Según el convenio que tengas [risas]. Según el convenio que tengas es lo que vale morir, porque si pagás en una empresa chica te puede salir menos, en una empresa grande más. Según el lujo que tengas, porque yo que se..., Forestie [Pose] tiene un prestigio, Martinelli más todavía. No es lo mismo que te vele Martinelli o que te vele Road, porque Martinelli uuuh..., es Martinelli, Road, ah... es Road. En Martinelli velan a los políticos, velan a los fenómenos...

La mercantilización de la muerte

La muerte no escapa a las leyes del mercado. La muerte es un fenómeno que provoca gastos porque requiere de “insumos mortuorios” (ataúdes con un valor que va desde 500 a 25.000 dólares, carrozas de las más sencillas a las más lujosas, ofrendas florales, modos de sepultura valoradas entre 1.000 y 25.000 dólares, etc.). Varios de los entrevistados coincidieron en que la mercantilización atribuida al proceso de muerte no es diferente a cualquier instancia de la vida. Todo el proceso de mantenerse vivo y sano en la existencia también es asunto de negocios, el transcurso de una enfermedad y de la moribundez de igual modo lo es. Mantener los estándares de salud, el suministro de remedios en estados de enfermedad, todo está manejado por grandes aparatos de consumo. Así lo enfatizó la nurse del hospital cuando dijo que los que venden medicación “se hacen millonarios a costillas de los enfermos y los muertos. Y eso no va a cambiar nunca, va a seguir siempre así. Lamentablemente es así”. Y

agregó que “la muerte, la enfermedad y la vida..., todo pasa por una cuestión de decisiones económicas.

Mayormente los entrevistados, al opinar sobre los negocios que giran en torno a los procedimientos del morir, se enfocan en pensar en las sumas presupuestales de los servicios que ofrecen las casas velatorias. La instancia de velatorio, comparada con la de la morgue y la del cementerio, no sólo resulta la más costosa sino la más marketinera, en el sentido en que da lugar a la mayor diversidad de productos y servicios.

Pongamos por caso la empresa capitalina Rogelio Martinelli. Se trata de un complejo empresarial de servicios velatorios integrales que dispone de once salas modernas de alto confort decoradas con obras pictóricas de reconocidos artistas, jardinerías con plantas diversas, iluminación adecuada, espacios que permiten privacidad a los distintos grupos asistentes, capilla para el féretro, acondicionamiento térmico, servicio de Wi-Fi, publicación de avisos, venta de ofrendas florales, cafetería, emergencia móvil a disposición permanente y una flota de 35 vehículos marca Mercedes Benz, Toyota y Peugeot. Así se promociona e identifica Martinelli, una de las principales casas velatorias del país ubicada en la Capital:

Ética, dignidad, respeto, atención humana y vocación de servicio, son los principios que han forjado la valiosa historia de Martinelli, único y mayor complejo empresarial de servicios integrados, totalmente nacional, al servicio de la comunidad.

En efecto, el alto grado de negociaciones, el modo en que las cifras se tornan significativas en cada paso del camino de muerte, se hace patente en los comentarios de dos de los entrevistados. Aludiendo al engranaje de rentabilidad en el proceso de muerte y sepultura, el párroco de la ciudad de Durazno decía: “por el confort de las casas fúnebres, por el negocio que implica, a veces me da mala impresión. Y mira si habré ido a velatorios en 32 años de cura...”.

Todo muy bien –comentó luego el dueño de la casa velatoria del lugar–, pero la mercantilización también lo absorbió al Padre, porque las misas que antes se hacían gratis en el velatorio, ahora son pagas.

Pude constatar que las casas velatorias, más allá del servicio que ofrecen en el momento que muere una persona, también obtienen recursos gananciales gracias a los convenios que tienen con las previsoras, por medio de los cuales reciben un porcentaje adicional mensual. Algunas

de ellas a su vez cuentan con una cuadrilla de ambulancias, las cuales son arrendadas a licitaciones públicas o privadas, lo mismo con los autos fúnebres y carrozas. Estos últimos, muchas veces, dependiendo de la disponibilidad, también cumplen funciones de remisería, y hasta se han acondicionado para trasladar novias y quinceañeras.

En tal sentido, un furgonero relataba que las empresas fúnebres tienen un gran porcentaje de ganancias, ya que sus servicios son muy variados. La empresa en la que él trabaja ofrece servicios completos: traslado del cuerpo a la casa velatoria, preparación del mismo, sala de velación con todos los insumos, velación por tiempo indeterminado a criterio del cliente, traslado al cementerio. Pero también la empresa puede ofrecer servicios sólo de traslado o sólo de velación, o participar de licitaciones para el arrendamiento de sus vehículos, o tener convenios con distintas empresas. El trabajador explicó:

Las empresas fúnebres nunca se van a fundir... Yo soy de los que pienso que la empresa fúnebre le saca más del cincuenta por ciento de ganancia a cualquier servicio. Decime qué empresa fúnebre se fundió. Las que se fundieron es porque quisieron repartir mucho la torta y administraron mal, pero hasta cuando te morís sos un negocio, y hasta cuando estás vivo sos un negocio, porque tanto previsión, como todas las empresas, te ofrecen servicios fúnebres y te salen con el salón, el servicio y la previsora.

A los montos que suman los diversos servicios funerarios, deben añadirse aquellos que cuentan para sostener apariencias de clase (morir como se ha vivido). El hijo de una jueza de Montevideo decidió aumentar los costos del servicio básico que ya tenía cubiertos su madre argumentando de esta forma:

Me parecía que estaba bueno presentar algo mejor de lo que me ofrecía la empresa... Mi mamá tenía una carrera judicial muy importante, y la gente que trabajó con ella iba a ir, entonces pensando en las suntuosas coronas de flores que ofrendarían, quise presentarla en una sala mejor. La persona que me atendió me dijo que estaba todo incluido por el servicio de previsión, pero no me importaba pagar más, por ejemplo, un cajón más decoroso del que me ofrecían. Fue una manera de que todos, al fin, puedan verla descansar en paz.

Cementerio. Panteones privados en espacios públicos.

Los panteones que están en los cementerios no pertenecen a la IMM, lo que le pertenece es el terreno, por el cual cobra un arrendamiento a los privados para que allí construyan (por ejemplo familias o instituciones). El uso de panteones ha perdido vigencia, la gente ya casi no compra ni construye panteones ni arrienda espacios para sepultura, los existentes datan de mucho tiempo atrás y son heredados de generación en generación. El mantenimiento de los mismos depende de cada familia. Así relató el encargado del Cementerio Norte:

Un panteón acá debe costar alrededor de unos 20, 25 mil dólares a 30, de ahí para arriba. Menos de eso no vas a encontrar. Cerca de los años 80 era el boom, salía cerca de 100 mil dólares, pero ahora ya no vale eso, por eso también hay gente que los abandona. Aparte, la mayoría de los panteones tiene muchos años, es decir son de los antepasados de las familias, y las nuevas generaciones no lo mantienen, a veces no tienen ni idea que los tienen. Pero la Intendencia no los toca, se tiene que hacer cargo la familia, porque la Intendencia da derecho al uso. La Intendencia cobra una tasa mínima y aparte cobra cada vez que tenes que abrir el panteón. Te cobran la apertura y ahí ya es un costo mayor, entonces bueno, hay mucha gente que termina por dejarlo abandonado. Hoy por hoy va a haber una retroversión de todo lo que hace más de 20 años no se paga, se va a empezar a retrovertir para darle la opción a la gente que hoy quiera panteón.

Por lo visto, la distinción de clases sociales se perpetúa entre los muertos. No es lo mismo ser velado con costosos oropeles que no ser velado o ser enterrado en una fosa común. Las diferencias se aceptan y se acentúan, pues el modo de producción industrial y capitalista acrecienta cada vez más esta circunstancia creando técnicas que legitiman la mercantilización y la rentabilidad de la muerte reduciéndola a valor de uso.

Conclusiones

La muerte es ante todo un proceso biológico a consecuencia del cese de la nutrición celular. Todo ser vivo perece, cualesquiera sean las causas, hecho que siempre deja un resto concreto y real que sufre profundas transformaciones orgánicas. Pero la muerte del ser humano no es algo individual, de ahí que siempre existe, para el tratamiento de las exequias, alguna ceremonia según cada comunidad.

-El cumplimiento del primer objetivo general planteado en el proyecto de la investigación me llevó a corroborar las cuatro hipótesis. El culto a la muerte se gesta como una representación colectiva de alta elaboración simbólica ligada a la concepción del mundo, la religión, la posición social y económica y a principios de simplificación y negación para con los cuerpos muertos. Las distintas prácticas que se realizan en torno a los muertos ayudan de cierta manera a conservar la cohesión familiar, grupal, tribal o étnica.

-El cumplimiento del segundo objetivo general me ha llevado a ordenar las prácticas para con las exequias según tres estadios. El alcance de los rituales mortuorios comienza con un Certificado de Defunción (firmado por un representante de la Medicina o de la Justicia) en la inmediatez del momento *post mortum*, y le siguen los rituales funerarios (velatorio) y los rituales sepulcrales (cementerio). De ese modo pude desglosar los dos primeros objetivos específicos, centrando la investigación en la enumeración y descripción de las gestiones

mortuorias en las tres instancias: sanatorio / hospital y morgue, espacio del velatorio y espacio del cementerio.

Los rituales *post mortum* se hallan instituidos, regulados y legislados por normas jurídicas, llevadas a cabo por personal especializado en el tratamiento de restos humanos. Lo mismo ocurre en los rituales del funeral y de la sepultura, pero a ello se añaden los ritos practicados por los deudos, los cuales si bien muchos de ellos se han instituido, no son reglados por decretos estatales, sino por tradición y cultura (llantos, ofrendas, cruces).

Así, en este estudio, concibo a los ritos mortuorios en tanto conductas en mayor o menor medida estereotipadas o codificadas y a veces institucionalizadas, basadas en conjuntos complejos de símbolos y creencias idiosincrásicas que promueven la cohesión grupal. Los ritos mortuorios se hallan presentes en las tres instancias observadas, y reflejan la intensión de lograr la trascendencia de una vida terrena a una divina, promover el buen descanso del alma del fallecido, creer en la reencarnación, mitigar el dolor de los deudos.

-Se corroboró la *Hipótesis Religiosa*, pues la presencia de símbolos y el seguimiento de reglas de culto y credos atraviesan las tres instancias del tratamiento de las exequias. El uso de símbolos muestra el complejo universo del rechazo al hecho de morir, lo que a su vez reforzó mi *Hipótesis Negadora*. Los rituales fúnebres son diferentes en las distintas culturas por múltiples factores, de los cuales la religión se destaca de acuerdo al sentido que se le da a la vida. Por tanto, con la comprensión de algunos ritos y valores, y de algunas tradiciones, creencias y simbologías pude enfocarme en el tercer objetivo específico, puesto que en los grupos practicantes de las diversas religiones el tratamiento de las exequias se rige por reglas de culto tradicionales. La investigación arrojó por resultado el carácter implícito del catolicismo en una sociedad cuyo Estado se halla apartado de todo credo religioso desde hace más de un siglo. Las expresiones católicas más relevantes se observan en algunos objetos, palabras y gestos (cruces, rezos, persignaciones, etc.)

-El objetivo específico que requería ordenar los servicios mortuorios de acuerdo a costos y accesos también alcanzó satisfacción por el hecho de confirmar la *Hipótesis Comercial*. La distinción de clases sociales se perpetúa entre los muertos. No es lo mismo ser velado con relumbrosos oropeles que no ser velado o ser enterrado en una fosa común. Las diferencias se aceptan y se acentúan, pues el modo de producción industrial y capitalista acrecienta cada vez más esta circunstancia creando técnicas que legitiman la mercantilización y la rentabilidad de la muerte reduciéndola a valor de uso. Si bien el tratamiento de las exequias en el hospital y la

morgue se produce de forma igualitaria (mayormente) para toda persona, las prácticas son diferentes en las instancias de velatorio y cementerio, pues se da según los sectores sociales y las costumbres religiosas. En los sectores sociales de mayor poder adquisitivo el hecho de optar por costosos velatorios y sepulturas se vincula a la necesidad de expiación (a modo de obligación para cumplir con el muerto y quedar con la conciencia en paz), pero también cobra relevancia la figuración en sociedad, el prestigio y el status.

-La *Hipótesis Negadora* he podido confirmarla en razón de que la desaparición, la reducción, la simplificación, la privatización, la tecnificación, la profesionalización, el cambio de lugares y la disimulación, son todas expresiones del principio de desplazamiento y negación de la muerte real que domina los mecanismos de control de la muerte moderna. Las reducidas manifestaciones de luto, el ocultamiento de las emociones, la simplificación de los velatorios, la disimulación del dolor, que el muerto parezca un vivo por medio de técnicas de embellecimiento, la cremación, son muestra del accionar de dicho principio.

Muchas culturas antiguas consideraron la cremación como una práctica bárbara, la religión judía ortodoxa y la ley islámica hoy no consideran la cremación como posibilidad para sus practicantes, y la cultura católica actual, si bien acepta el acto crematorio, rechaza la dispersión de las cenizas. Pero la investigación dio con el dato de que la práctica de la cremación va en aumento en los tiempos modernos actuales. La razón del incremento de cremaciones en nuestro país puede relacionarse a factores ambientales e higienistas, pero más que nada las razones son pragmáticas (acortar el período de despedida al difunto, evitar seguir tratando con el cuerpo muerto durante varios años, evitar la relación con la administración del cementerio, etc.). El incremento de las cremaciones se debe también a la necesidad de reducir costos económicos, especialmente si se elige la cremación directa. La creciente escasez de espacio en los cementerios de Uruguay es otra razón de peso para elegir la cremación.

A partir del siglo XX se ha gestado una verdadera exclusión de la muerte. Dos consecuencias se derivan de esta mutación: la eliminación de la muerte del campo de lo público y, al mismo tiempo, la ausencia o disminución de los ritos que históricamente la han acompañado. La modernidad mercantilista ha transformado la muerte en un acontecimiento institucionalizado, tapado de estereotipos, grandes elaboraciones e inversiones tanto de tiempo como de dinero, que apagan toda posibilidad de creatividad para con el proceso de morir.

-La *Hipótesis sociológico-comunicacional* pude verificarla con un acercamiento de tipo micro sociológico desde la Teoría de las Situaciones y la Teoría de las Interacciones

Ritualizadas, pues ante un difunto la comunidad no se divide, y las circunstancias de su partida se teatralizan con fachadas que instalan un escenario con patrones colectivos compartidos que generan una cadena protocolar de interacción.

La ritualización funeraria posee una dimensión socializante proporcionada por el valor de la cohesión social (la gente se junta y se acompaña momentáneamente en escenas comunicativas) y las estrategias comprensivas que refuerzan y ayudan a los individuos a entender relaciones con la propia muerte y la ajena.

Percepción y sentidos que se atribuyen a la muerte

La concepción de la vida y la muerte como estados que se oponen y se niegan es propia de la cultura occidental, a diferencia de la civilización oriental, en la cual domina el significado de que morir es pasar a otro modo de vivir. De todas formas, ninguna cultura deja de otorgarle sentido a la muerte del hombre.

En cada una de las entrevistas, y de acuerdo a la función que cada actor desempeña, se indagó acerca de la concepción de la muerte. Los actores que tienen relación directa con la muerte, que trabajan con la muerte y la enfrentan a diario, mantienen en general la concepción de que la muerte es una etapa más de la vida aunque enfatizan el valor de la vida, de vivir el día a día como si fuera el último. La muerte es vista como la etapa final de la vida y puede ser hoy, mañana o pasado, por lo cual no debe planificarse el largo plazo. Se acentúan relatos que hacen hincapié en el valor a la vida más que en la muerte.

Las concepciones de la muerte por parte de los deudos, a diferencia de los trabajadores, se tiñen de misticismo religioso. A su vez, entre los deudos, los familiares y amigos que perdieron un ser querido, las ideas sobre la muerte son relativas a las experiencias singulares,

pero se ha podido constatar en la mayoría de las respuestas que existe evasión, negación y miedo a pensar el sentido y significado de la muerte.

Proyección reflexiva

Los mecanismos que han ido desterrando la muerte de la vida con ocultamientos y simplificaciones han cooperado con el despliegue de sentimientos de terror y lejanía hacia un proceso que en verdad es parte constituyente de la vida biológica, aunque la muerte absoluta no existe, pues parto de considerar que los muertos siguen cumpliendo papeles activos en la memoria de los vivos.

Sin embargo en nuestra sociedad sigue resultando escandaloso que un individuo planifique los preparativos funerarios de su propia muerte. Las agencias funerarias, los protocolos técnicos y las tradiciones familiares y religiosas dominan los estereotipos y apagan alternativas de esfuerzos de creatividad dejando en manos ajenas las decisiones de todo el proceso mortuorio. Dichas decisiones podrían ser el resultado de algo meditado e integrado a planes y programas educativos formales, tanto así como cualquier otro contenido que tenga que ver con las decisiones de nuestra propia existencia y libertad de decisión para con ella.

Referencias bibliográficas

ARIÈS, Philip (1977). *El hombre ante la muerte*. Grupo Santillana de Ediciones, Madrid, 1999.

BARRAN, José Pedro. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Tomo 1: “La Cultura Bárbara (1800-1860)”. Ed. Banda Oriental, 2004.

COLLINS, Randall. “El programa de la teoría de la interacción ritual”. En *Cadenas de rituales interactivos*. Princeton University Press, Princeton, 2004.

COROMINAS. *Breve Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos, Madrid, 1987.

FERRER, Eulalio. *El lenguaje de la inmortalidad*. FCE, México, 2003.

GOFFMAN, Erving. *Ritual de interacción*. Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires, 1970.

GÓMEZ PÉREZ, Marco Antonio y DELGADO SOLÍS, José Antonio. *Ritos y Mitos de la Muerte en México y otras culturas*. Grupo editorial Tomo SA, México DF, 2000.

TAYLOR, S. J. y Bodgan, R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós, Barcelona, 1996.

THOMAS, Louis Vincent (1975). *Antropología de la Muerte*. FCE, México, 1983.

_____ *El cadáver*. FCE, México, 1989.

_____ *La muerte*. Ed. Paidós Studio, México, 1991.

TORRES, Delci. “Los rituales funerarios como estrategia simbólica que regulan las relaciones entre las personas y las culturas Sapiens”. En *Revista Universitaria de Investigación*. Año 7, nro. 2, diciembre/2006, pp. 107-118.

Tony Walter. “Los sociólogos nunca mueren”. En un número especial de la Review Monograph Series *The Sociology of Death: theory, culture, practice*. Ed. David Clark. Vol. 40, 1993, pp. 264-295. Traducción propia.

Bibliografía consultada

ALARCÓN, M. (2002). “Los Pioneros”. “Todo es Historia. Muertes velatorios y entierro”, 424:50-53.

ALLUÉ, Marta. “La ritualización de la pérdida”. Anuario de Psicología, vol. 29. Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona, 1998.

RANDALL Collins. “*Cuatro Tradiciones Sociológicas*”. Ed. Casa abierta al tiempo, Universidad Autónoma Metropolitana. (1995)

THIELICKE, Helmut. *Vivir con la muerte*. Ed. Herder, Barcelona, 1984.

ANEXOS